UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 930 244 9

DE LA
BIBLIOTECA
JOAQVIN
ABAVRR
MCMXXVI

LIBRARY

LIBRARY
STANFORD UNIVERSITY

EUSEBIO BLASCO

MIS CONTEMPORÁNEOS

SEMBLANZAS VARIAS

García Gutiérrez.—Núñez de Arce.
Gustavo A. Becquer.—Moreno Nieto.—Lesseps.
El Duque de Osuna. — Pompeyo Gener.
María Tubau.—Pérez Galdós.—Charles Blanc.
Bauer.—Eulogio Florentino Sanz.—Cadenas.
Manzanedo.—El Marqués de Campo.
¡Barrutia!—Adolfo Bayo. — Gayarre.
La Duquesa de Chaulnes.—Jiménez Aranda.
Casanova.—Manuel Catalina.

MADRID
FRANCISCO ÁLVAREZ
2, Corredera Baja, 2

1886

MIS CONTEMPORÁNEOS.

MIS CONTEMPORANEOS

SEMBLANZAS VARIAS

POR

EUSEBIO BLASCO

MADRID
FRANCISCO ÁLVAREZ
2, Corredera Baja, 2

1886

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

MADRID, 1886.—Establecimiento Tip. «Sucesores de Rivadeneyra».

PRÓLOGO.

De Irún á Cádiz, de la frontera de Portugal á la playa valenciana, conozco á todo el que ha hecho algo que merezca la atención de las gentes. El incógnito en España me está prohibido: veintidós años de constante comunicación con mis contemporáneos, en la política, en la literatura, en el teatro, en el Ateneo, en sociedad, en viaje, en la calle, en el paseo, en casa y fuera de ella, me dan algún derecho á conocer á *los míos*.

Llamo *los mios* á los artistas, literatos, actores, cantantes, oradores, banqueros, mujeres bonitas y caballeros particulares que han dado ocasión á la prensa para hablar de ellos en alguna ocasión y por cualquier motivo.

No pretendo ni me parece oportuno escribir sus biografías, que sería trabajo largo, monótono y sin interés del momento. Pretendo solamente *hablar de ellos*, decir cómo son, detallar sus personas, sus maneras, sus costumbres, su *yo*. Será éste un trabajo de utilidad, no ahora, sino dentro de muchos años.

Los veteranos que han conocido á Napoleón el grande se ven constantemente acosados á preguntas sobre los detalles íntimos de aquel grande hombre. Millares de personas que no han leído su biografía y le conocen por su inmensa celebridad, acuden al Museo del Louvre á contemplar su tradicional sombrero.

Nuestra época quiere prescindir, por lo que respecta á las personas, de esa historia eterna de todas las notabilidades, en la que se refiere su nacimiento, sus primeros premios en el colegio, sus notables disposiciones para el arte ó el estudio en que después brillaron. No seré yo biógrafo de ninguno de mis amigos ó compañeros; pero procuraré hacerles un retrato moral, que es lo que en lenguaje moderno llamamos semblanzas. Semblanzas son, pues, éstas, y no otra cosa.

El trabajo es largo, el tiempo breve: todas las

personas, ó casi todas las que en éste y otros tomos han de ser incluídas, tendrán á la larga su biógrafo minucioso. De mí no esperen sino la impresión que directamente me causaron; algo como esas dos líneas que los autores dramáticos franceses solían poner antes en el reparto de sus comedias, para que el actor ó el lector adquiriesen la idea primera del carácter: «*El conde:* cuarenta años; pelo blanco, andar lento, traje pasado de moda, carácter agrio, un poco tartamudo. *La generala:* vieja verde, tocado extravagante, maneras vulgares, temperamento nervioso, monomanía de chismografía.....»

Algo así serán mis bocetos. Un croquis para que el pintor pueda llenar mis cuatro rayas de color. En ciertos casos una fotografía, alguna vez una caricatura; pero no es culpa mía si ellos son así, y yo franco por naturaleza.

Van todos revueltos; banqueros y políticos, actores y cantantes, pintores y académicos, actrices y novelistas, celebridades y particulares. Los doy como los juzgo, y nadie se dé por ofendido, porque no hay nada más ridículo en la vida social que el particular descontento de su retrato porque no lo encuentra muy hermoso, ó el hom-

bre que va á la fotografía recien peinado y con tres placas en el pecho.

Mis retratos, bocetos, fotografías ó *pasteles*, son obra de una discreta observación, sin prevención contra nadie ni adulación para ninguno.

Algunos han sido escritos antes en francés que en castellano, por lo que resulto traductor de mí mismo. Otros pienso traducirlos del castellano al francés, que es como volverles el forro. De este modo les hago viajar y correr el mundo conmigo, en lo cual ni ellos saldrán perdiendo de la propaganda ni yo de la honrosa compañía.

Escritor en dos lenguas, acaso no hablo bien ninguna; pero así puedo disculparme de la una con la otra y repetir, con un colega que se halla en mi caso, y á quien el médico dijo en cierta ocasión:

—Tiene usted hoy la lengua irritada.

—No importa—dijo él—porque hoy es la francesa.

EUSEBIO BLASCO.

GARCÍA GUTIÉRREZ.

Al oirnos hablar de D. Antonio á todas horas en el saloncillo del teatro de la Comedia, decía un forastero:

—¿Por qué se ocupan ustedes tanto de Cánovas?

—No, no es Cánovas nuestro ilustre amigo, nuestro padre común, por todos los autores dramáticos venerado. Le llamamos como al jefe del Gobierno; pero sépalo usted, el hombre que ocupa todas nuestras conversaciones es D. Antonio García Gutiérrez.

Para nosotros, los que vivimos de telón adentro, este venerable anciano es, antes que el autor y el poeta, el ilustre amigo á quien salimos á recibir á la puerta del escenario, y á quien llevamos del brazo al sillón de junto á la concha, cuando puede ir á ver los ensayos de sus comedias.

—Don Antonio, ¿le parece á usted bien así?—dice la actriz.

—¡Qué hermosos versos, D. Antonio! —le dice un poeta.

—¡Pero este D. Antonio, parece que tiene quince años!—exclama un compañero suyo en la Academia.

Y D. Antonio, con sus cabellos blancos, su sombrero un poco echado hacia atrás, sus gafas azules, su gabán largo y las manos en los bolsillos, temeroso como un principiante, y cariñoso con todo el mundo, parece, allí en el escenario, el abuelo de aquella familia de artistas y de poetas.

Ni le hay más modesto ni más afable.

Nadie que le ha hablado una vez dejará de quererle, y aunque valiera menos se le querría lo mismo; tal es la atracción que ejerce sobre sus semejantes.

Los grandes éxitos le cogen dormido. Carlos Coello suele ir á despertarle y darle cuenta de lo que ocurre. No haya miedo de que se vista y vaya al teatro y salga á la escena. Fué, sin embargo, el primer autor dramático español á quien el público hizo los honores de la presentación en público. Pero desde que conoce su autoridad, quiere prescindir de estas vanidades. A su actitud debo yo la resolución de no salir nunca á la escena en noche de estreno, porque cuando estos genios de la escena dan ejemplos de tal modestia, ¿quién que sienta la pena de no serlo ha de atreverse á asomar á la puerta del foro cada vez que le aplaudan una redondilla, como diciendo: — Aquí estoy, ó esperando estaba á que me llamaran? En ningún país de Europa se

abusa tanto de estas exhibiciones como en el nuestro.

Don Antonio García Gutiérrez es de los que han logrado la inmortalidad en vida.

Para el público de Madrid es ya un autor legendario. Es siempre el autor de *El Trovador* y del *Rey Monje*, de *Venganza Catalana* y de *Crisálida y Mariposa*. En sus dramas no suele haber grandes tiradas de versos, ni décimas preparadas para hacer efecto, ni nada de lo que constituye el *metier* de los perros viejos del teatro; pero con sólo abrir un manuscrito, y sin conocer su letra, se adivinaría que era suyo por las finezas del estilo.

Sólo él sabe decir aquello de

Cuando lejos de ella esté,
Veré si olvidarla puedo.....
Pero ¡ay señor! tengo miedo
De que no la olvidaré.

Sólo él ha presentido, desde que hacía centinela, las delicadezas que suelen tener los poderosos de la tierra. Cuando escribió *El Trovador* era soldado. Hoy impera en las letras españolas.

Le premier qui fut roi fut un soldat heureux,

decía el poeta francés. ¡Dichoso soldado el venerable poeta, que ha llegado al trono de la gloria por aclamación de todas las personas de buen gusto!

NÚÑEZ DE ARCE.

Núñez de Arce, les digo yo á los que no le conocen y me preguntan por él, es un hombre bajito, delgado, con ojos vivos y penetrantes, la barba rubia tirando á colorada, sumamente nervioso, facilísimo de exasperar, porque es de aquellos que, según la expresión vulgar, no aguantan ancas de nadie.....

De su talento nada tengo que decir, que ahí están sus obras, por todo el mundo leídas.

Es antes que nada poeta lírico, á la manera de Alfieri, es decir, enérgico á tal punto, que no conociéndole se le supondría un Goliat, según sus versos rebosan vida, fuerza, pasión y grandes miras.

Ha hecho dramas sombríos, porque le gustan los asuntos que alguien llamaría *hondos*. Fué periodista en sus juventudes, y periodista revolucionario. La edad calma estas cosas. No ha concluído en conservador

como otros, pero ha sido ya ministro del Rey, y en honor de la verdad, la prensa le ha aconsejado que no vuelva á serlo, porque los hombres de letras no son á propósito para la vida oficial; solamente que ellos se empeñan en que sí, y de todos los que en España han pasado de las musas al teatro..... político, creo que soy el único convencido de que se compadece muy mal una cosa con otra.

Núñez de Arce ha llenado un gran vacío en nuestro tiempo, y por eso su nombre quedará. Habíamos tenido el poeta lírico romántico Zorrilla, que es ya un nombre histórico, á pesar de que el poeta vive (y Dios le conserve muchos años).

Nuestras revoluciones políticas y literarias exigían un representante del lirismo moderno, el poeta de la libertad y del progreso, expresando su poesía en conceptos grandiosos y bajo una forma correcta. Núñez de Arce es ése. Sus versos son nuestra edad, su forma es clásica, esencialmente española, intraducible, sobria, severa, pero grande.

Ama la gloria. No lo dirá, pero se le adivina. Esto, además, es peculiar de todo el que vive del público. Sus lecturas en el Ateneo y el éxito de sus libros le agradan más que los éxitos de la ambición. El tiempo que ha perdido en elecciones y cabildeos para llegar á la poltrona, le hubiera cundido más haciendo tomos de poesías. Aun así y todo, no ha perdido horas. Es trabajador, cualidad rarísima entre los españoles.

Se le acusa de malhumorado y desabrido; pero si no lo fuera perdería fisonomía moral. Yo le prefiero así, tronando siempre contra una porción de cosas que los demás dejamos pasar; pero acaso su mismo carácter le ha servido para imponer su personalidad en muchas circunstancias políticas.

En vida de Ayala, que fué su amigo más intimo, tuvo con éste diferencias graves. En los últimos años de la vida de aquel otro gran poeta nuestro, llegaron á estar completamente reñidos, y ambos lo sentían con toda el alma. Más de una vez fuí testigo de estos pesares íntimos, y aun intermediario, sin que uno ni otro lo supieran. Pero los dos eran soberbios, altaneros y rencorosos. Murió Ayala, y Núñez de Arce estuvo en su entierro. Fué el primer paso, y el último.

Es Núñez de Arce en su trato particular, afable y cariñoso, siempre que no se le contraríe en puntos de vista que él tiene por indudables, ya políticos ó literarios. Artista por naturaleza, rechaza y abomina todo este movimiento naturalista que es expresión de nuestro tiempo egoísta y vicioso. Cuando se le habla de ello se exaspera; pero ya he dicho al comenzar que se exaspera fácilmente.

Nunca fué rico, á pesar de luchar con la vida y transigir á veces con lo que no le agrada. Por ahí hemos pasado todos, y entretanto se han enriquecido los comerciantes y los industriales de la política.

Le encanta la vida campestre, ama los viajes, con-

serva el amor de su tierra, y es castellano viejo; pero su amor ferviente, su envidia constante es la que todos vamos sintiendo apenas aparece la primera cana.

—Desengáñese usted—le decía no ha mucho á un su amigo—como la juventud no hay nada.

Sin embargo, como García Gutiérrez, este poeta nacional será siempre joven en sus versos.

Cree él que se siente viejo, y se engaña. Su edad á la hora en que yo le pinto, no es aún la que marca la vejez. Pero como todos los que hemos batallado mucho, confunde la vejez con el cansancio y la edad con la fatiga.

Joven es, sus versos lo dicen; su misión es hermosa, y mientras cante la patria, la libertad, el progreso, el ideal, la pasión y la vida, no habrá español que no lea con placer sus concepciones, que todas llevan en sí sello de grandeza, y á su muerte podrá repetir con el poeta: *Non omnis moriar*, no moriré del todo.

Un biógrafo diría que Núñez de Arce nació en Valladolid, que ha pasado de los cincuenta, que fué redactor de *La Iberia*, que estuvo en la guerra de Africa, que de progresista pasó al partido de la unión liberal..... ¿y qué le importará todo eso al amante de las bellas letras?

Tanto valdría hacer constar que es académico y que ha sido ministro. ¡Lo han sido tantos! Pero el *Idilio* lo ha escrito él solo.

GUSTAVO A. BECQUER.

Muerto Becquer, sus biógrafos han dicho cuanto era posible decir de este hombre sin biografía.

¿Puede tenerla quien nació, vivió, escribió, sintió y murió?

¿Qué es una biografía?

Una colección de detalles de tal ó cual persona. En la vida de Becquer no hay nada de particular; está todo en sus obras.

Le conocí por el año de 66. Era él entonces censor de novelas. ¡Censor de novelas!

Cargo inventado por la reacción. Allí donde el novelista hubiera dicho algo que pudiera ofender á la religión ó á las buenas costumbres, el censor lo tachaba, para que la Monarquía, Dios y el Gobierno no se diesen por ofendidos.

¡Cómo debía reir de esta tiranía á que un ministro amigo le destinaba, el poeta que no reconocía ni rey ni amo!

Su mundo era el ideal. Amaba, y lo decía en líneas cortas, que durante su vida apenas fueron leídas, y que después de su muerte impuso al público lector Ramón Correa, íntimo amigo del poeta.

Porque, en honor de la verdad, ninguno de los que tomábamos el café cotidianamente con Becquer en el *Suizo Viejo* (Bernardo Rico, el dibujante Vallejo, Angel Avilés, Inza, Luis Rivera, Roberto Robert, etc.), ninguno, repito, creíamos ni podíamos sospechar que al año de muerto nuestro amigo sus versos recorrerían el mundo y él figuraría en la inmortalidad al lado de los melancólicos poetas alemanes.

Era un hombre negro. Moreno hasta la exageración, sombrío hasta la grosería, soñando despierto, viviendo modestísimamente del sueldo de doce mil reales que su amigo González Brabo le dió como censor de los demás, Gustavo Becquer fué durante su vida víctima de la prosa de la existencia.

Vivía en la calle de las Huertas, en un tristísimo cuarto bajo que yo alquilé cuando él lo dejó, y que parecía destinado á engendrar la tristeza en el ánimo de sus habitantes. Allí perdí yo seres queridos, allí pasó él grandes amarguras, allí debió decir

Dejé la luz á un lado, y en el borde
De la revuelta cama me senté.....

porque el cuarto bajo aquel parecía una cárcel.....

Su conversación, como su persona, era triste. Todo lo veía bajo un prisma distinto de los demás mortales. En cuanto tenía un puñado de duros, se iba á Toledo ó al monasterio de Veruela..... no vivía á gusto sino en lugares aislados y melancólicos; había algo de trapense en aquel hombre á quien González Brabo admiraba mucho. Pretendía de conservador, sin duda porque el lujo, la fastuosidad de que hacen alarde estos partidos se acomodaba mejor con su temperamento de artista. Hay pocos hombres que sepan sentir la democracia vestidos de limpio, y Becquer era uno de ellos.

No es un secreto para nadie que el poeta estuvo ciegamente enamorado de una hermosura que no debo nombrar porque existe todavía y tiene ya legal y legítimo dueño. Muy hermosa criatura, pero sin seso. Un admirable busto como el de la fábula, y muy incapaz de comprender las delicadezas del hombre que quiso vivir para ella. A él no le importaba; sabía que era ignorante, vulgar, prosaica,

..... pero
es tan hermosa!

exclamaba en sus versos; porque Becquer era esclavo de la forma, artista desde la planta de los pies hasta el cabello.

¿Cómo se explica que después de esta pasión malograda y no comprendida, fuese á caer en las vulgaridades de un matrimonio absurdo? Aun vive su viuda, á

la que no he de negar honradez, carácter tranquilo y cualidades de mujer de su casa.

¿Pero era ésta la mujer del poeta?

¡Ah! El poeta no debiera tener nunca mujer; el matrimonio es enemigo mortal de la vida imaginativa; Becquer fué desgraciado en sus pasiones, pero debió serlo aún más en su vida doméstica.

Imaginad á un hombre dotado de todas las altas cualidades que constituyen el genio, condenado á vivir con un ser vulgarísimo.

¿Fué despecho? ¿deseo de contrarrestar aquella ambición y sed de ideal que le devoraba?

Lo ignoro. Sólo sé que en los últimos días de la enfermedad fuí á ver á mi pobre amigo, y su interior me hizo desear que muriese pronto.

Da placer al ánimo y envidia de la vida matrimonial ese hogar pobre y limpio donde compiten en delicadeza los niños y las flores, la alegría de la felicidad íntima é ignorada..... pero la casa descuidada, el cuarto en desorden, la compañera del poeta que no sabe hablaros de nada, el enfermo solo y entregado á la desesperación sorda..... ¡oh, qué triste fin, qué horrible martirio para quien nació con alas de águila y debía morir como el último de los seres pedestres!

La luz que en un vaso
Ardía en el suelo

iluminaba el moribundo rostro de Becquer la noche en

que su alma enamorada dejó la tierra. La mujer masculla un sollozo en otro aposento..... sentíase en derredor del fementido y solitario lecho como un revoloteo de ángeles invisibles.—¡Hace bien en morir, le dije á un compañero, porque su reino no era de este mundo!

MORENO NIETO.

Toda nuestra generación literaria ha conocido, admirado y estimado al ilustre extremeño cuyo nombre encabeza el capítulo presente.

Puede decirse que el Ateneo es él. A la hora actual aun creemos verle aparecer por la puerta, dar apretones de mano á derecha é izquierda, tomar parte en todas las discusiones, y acudir después á la biblioteca y pasar dos horas rodeado de libros y tomando un helado, aquel helado cotidiano que parecía ser en él calmante del cerebro, excitado por la interminable discusión del día.

Eran en Moreno Nieto la oratoria, la controversia, la discusión de todo y por todo, ocupaciones constantes desde el alba hasta la media noche. Su palabra, como torrente desbordado, no cesaba de brotar á todas horas. Más que conversación, su manera de hablar era torbe-

llino. Hablaba mucho, y hablaba siempre, y siempre muy de prisa. Todo era en sus labios discurso.

Asombrosa fué su memoria. Se cuentan como fenómenos determinados individuos que guardan en la mente cuanto leen. Moreno Nieto tenía esta condición, que unida á sus talentos, hacía de él un hombre-biblioteca, un monstruo de erudición, un libro constante de consulta. Fechas, autores, libros, escuelas, todo lo tenía en la cabeza y todo lo aplicaba, ya al discurso público, ya al diálogo particular, con facilidad por todo extremo pasmosa.

Se necesita haberle conocido para juzgar bien á esta personalidad salientísima de nuestra historia literaria.

Su carácter era angelical, nunca tuvo enemigos. Amigos, muchos, y muy fieles. Entre éstos descollaba Adelardo Ayala, á cuya casa iba todas las noches después de comer, complaciéndose en discutir de varios asuntos con el poeta. En aquellas intimidades, á que más de una vez asistí, se demostraba el bondadosísimo carácter de Moreno Nieto y el talento natural de Ayala. Lo que éste no sabía, lo adivinaba, y Moreno Nieto le recogía las frases, asegurando que eran de Leibnitz ó de Krauss. Eran de Ayala; solamente que el genio tiene este privilegio de coincidir con otros iguales al suyo.

Moreno Nieto tiene una biografía brillante; llovieron sobre él los honores y las distinciones; fué cuanto quiso y á gusto de todos. Pasó por la política, por este

funesto destino de nuestros hombres eminentes, que no pueden escapar á tal epidemia en un país como el nuestro, donde la política es la ocupación y aun la pasión primera. No hizo en política grandes cosas, ni podía ser de otra manera. Su imaginación tenía más alto vuelo.

¡Había que verle en aquellas discusiones de la sección de Ciencias morales y políticas, cuando después de hacer el resumen agitaba la cabeza y hacía flotar los cabellos, apelando á todos los recursos de su oratoria para producir el último efecto!

Tenía la cabellera rizada, suelta sobre los hombros, y la cabeza, que era artística, le daba cierto aire de hombre de letras que no se compadecía mal con su personalidad de filósofo..... Una enfermedad de viruelas le había picado el rostro, pero no por eso era menos simpático y atractivo. Hablándole una vez, quedaba uno tan amigo como si le hubiera conocido desde la infancia. Tenía ese *no sé qué* de la simpatía, que ha hecho la mitad del éxito de Campoamor, de Salmerón, de Olózaga, de Echegaray y de otros de mis contemporáneos ilustres.

Parece que no, y entra por mucho en la celebridad esta primera impresión que un hombre de talento ha de producir en las gentes. Frontaura es feo, Valera es *tieso*, Alarcón es serio, Zapata es descuidado, Cánovas es antipático, Pradilla es sombrío, Becerra es bizco..... se necesita *intimar* con ellos para convencerse de que no

tienen la culpa de ser así; mientras que con sólo ver á Castelar, á Romero Robledo, á Moret, á García Gutiérrez, á Arrieta ó á Barbieri, se siente deseo de conversar amigablemente con estos hombres á quienes los franceses llamarían *enjoleurs*, y que llevan en la cara el pasaporte para la opinión pública. La primera vez que el dibujante Luque y yo nos encontramos en el mundo, dijo él:—¿Quién es ese señor tan estirado, que parece que nos hace el favor de saludarnos?—Yo decía al mismo tiempo:—¡Ese hombre tiene cara de asesino! Un año después éramos amigos tan íntimos, que nuestra intimidad es popular en fuerza de conocerla todo el mundo. Hay, pues, algo que contribuye á la popularidad de las gentes, y es lo que un filósofo llamaría su *yo*, independiente del arte ó de la literatura que cultiva. Por eso, cuando Romero Robledo ha de nombrar un gobernador, si no le conoce, procura saber qué aspecto tiene. La simpatía es el primer paso en la consideración de las gentes.

Moreno Nieto era simpático como pocos hombres. Entusiasta de todo y de todos, admirador de cuanto tenía relación con la ciencia, la literatura ó las artes, no hubo principiante que no hallara en él, no ya un protector, sino un amigo. El Ateneo de Madrid, que era como su segunda casa, le debe el bautismo de muchos jóvenes que sin él no hubieran roto el hielo. Dentro del establecimiento se le llamaba *Don José*, y había en esta manera de decir algo de amor de familia y de ca-

riño íntimo, que nadie después de él podrá lograr fácilmente. Presidirán sus sesiones los hombres más eminentes de la nación, no lo dudo; pero aquellas frases de afecto sincero, aquellos abrazos paternales después de una discusión ó de una lectura, aquel profundo amor á la personificación de una escuela literariá ó de una filosofía determinada.....

Esos no volverán,

como dijo el poeta inolvidable á quien Moreno Nieto admiraba tanto.

Ha sido durante veinte años la representación viva de nuestro progreso científico y literario, y el amigo de todos cuantos hemos vivido la vida intelectual.

Su interior era el modelo de la familia modesta y unida por los lazos de un amor tranquilo, sólido y duradero. No pudo ser nunca rico, á pesar de la acumulación de cargos retribuídos, porque era hombre de bien y padre de familia, y entre nosotros dijérase que estas dos calidades llevan consigo la pobreza.

LESSEPS.

Una noche, en la Embajada de España, me encontré con Mr. de Lesseps, al cual no había visto desde 1870.

Un apretón de manos y la agradable sorpresa expresada en cariñosas frases:

—¡Usted!

—Yo.

—¿Recuerda usted el día de la boda?

Había yo asistido á su matrimonio en Ismailia, el mismo día de la inauguración del canal de Suez.

Ya tenía entonces Lesseps cerca de sesenta años.

Desde aquella fecha hasta la presente, este hombre extraordinario ha tenido once hijos, y ha emprendido otro negocio colosal, que se llama la ruptura del istmo de Panamá.

Es realmente excepcional este francés medio español, cosmopolita en las grandes empresas.

Los convidados del embajador de España le contemplaban con asombro.

Lesseps era allí la personificación del siglo del progreso y de los adelantos maravillosos.

Para él no existen ni el tiempo ni la distancia.

Los demás míseros mortales dedicados á las artes ó á las letras envejecemos en el rincón de nuestro gabinete dando cuartillas á la imprenta.

Lesseps está hoy tan fuerte, tan vigoroso, tan enérgico como allá en Ismailia cuando servía de guía á la Emperatriz Eugenia montando en camello.

Recordaré siempre la mañana de la inauguración del canal.

La Emperatriz, que en quince días había logrado aprender á montar en camello, al que hacía galopar como si se tratara de un caballo de paseo, llegó al pabellón donde debía verificarse la boda de Lesseps. Dió un fustazo á la pesada cabalgadura, que se arrodilló delante de un círculo de españoles y franceses, y saltó á tierra.

—¡Vive l'Empereur! ¡Vive la France!—gritó Lesseps que venía delante.

¡Cuantum mutatus ab illo!—podríamos decir ahora.

Desde entonces acá todo ha cambiado. El Imperio no existe, el Egipto está en la anarquía; los soberanos de la tierra que en aquella noche célebre simbolizaban la paz europea, en el banquete con que el virrey obsequió al mundo allí reunido, están ó destronados ó en

enemistad alarmante. La Francia es república; España ha pasado por una revolución, una dinastía extranjera, un *cantón* y una restauración; el Príncipe imperial ha muerto en un país salvaje.....

En doce años todo ha sufrido los embates de la fortuna.

Pero Lesseps existe, y acomete empresas extraordinarias, y encuentra en toda Europa el apoyo y la admiración de las gentes.

¿Por qué?

Porque representa algo que está por cima de todas las mudanzas humanas.

Porque Lesseps es el progreso.

EL DUQUE DE OSUNA.

¿Quién no ha oído alguna vez decir á sus padres cuando de niño ha pedido algo que costaba muy caro: ¿Te figuras, muchacho, que eres hijo del Duque de Osuna?

¡Más rico que el Duque de Osuna! Esto es un proverbio en España. La realidad y el vulgo, unidos, han hecho de esta casa solariega el colmo de la grandeza y de la esplendidez.

Porque la reputación de los Rostchilds, los Mackays, los Camondos, en Europa; de los Manzanedos y de los otros millonarios contemporáneos en España, es pura y sencillamente el dinero, mientras que la fama de los Osunas es de lujo, de ostentación, de algo parecido á lo maravilloso.

La generación actual, como la anterior, han oído hablar de las mesas puestas en todas las capitales de Europa para recibir al señor Duque á cualquier hora que

llegare, en sus diferentes palacios y castillos; su palacio de Madrid, cuyas puertas se abrieron hace dos años después de una larga clausura, nos pareció la resurrección del feudalismo. Se dan papeletas para visitar la armería, como para ver los establecimientos del Estado; su biblioteca es célebre; en un pueblo de Alemania, donde tiene una casa de campo, nos refirieron hace diez años que cuando el Duque iba á pasar diez ó doce días, nadie podía hacer componer el reloj, porque el relojero del pueblo no podía, según orden-contrato, dedicarse durante la estancia del Duque en el pueblo, más que á los relojes de Su Excelencia.

Y sin embargo, se ha dicho que el Duque que acaba de morir era el más pobre de los Osunas habidos y por haber. Su testamentaría pasa por el expediente más intrincado de la nación. Los acreedores de esta gran casa, según voz pública, figuran por centenares de millones, y aun así y todo, ha sido el embajador más ostentoso que España ha tenido en la corte más aristocrática del mundo.

—Después de él—decía hace once años un diplomático—¿quién podrá ir á San Petersburgo?

Asombra, en efecto, la enumeración de sus larguezas en la corte del Czar.

Se sabe que solamente en abanicos regalados á las damas rusas gastó allí sesenta mil duros.

En cierta ocasión, el padre del Czar actual le regaló un perro soberbio,

El Duque habló de sus perros de España. El Czar dijo que nunca había visto perros españoles.

Aquella noche los secretarios del Duque enviaron á España telegramas que costaron seis mil y pico de reales. A los cinco días el Czar tenía delante de sí un pastor español con seis perros magníficos, llegados todos en trenes express, á todo gasto.....

¿Quién pudiera referir todas las magnificencias que se cuentan de los Téllez Girón celebérrimos, y potísimos? Hay algo en ellos de fantástico, de legendario; son los últimos restos de aquella nobleza más poderosa que el rey y más fuerte que el clero, ante la que el pueblo miserable y servil se humillaba deslumbrado por su esplendor esencialmente español. Son el mundo antiguo que desaparece.....

El Duque, cuya muerte se anuncia hoy, era militar; muy joven aún, fué nombrado embajador de España en Rusia, y los Gobiernos que se sucedían le conservaban allí, convencidos de que nadie como él podía representarnos en *grande*.

Yo había oído hablar tanto de los Osunas, que nunca me parecían seres reales.

Más de una vez creí que ya no existían sino en los retratos ahumados del palacio de las Vistillas.....

Un día me dijo Grilo:

—Ven esta tarde á casa de la Condesa de Montijo. Va el Duque de Osuna.....

Me apresuré á visitar á nuestra ilustre amiga. Efec-

tivamente, á eso de las cuatro el criado anunció al Duque, que acababa de llegar de Alemania.

¡Qué efecto nos produjo aquel hombre!

Era un viejo algo rechoncho, pálido, ¡qué digo pálido! *amarillo* como la cera, con los ojos muertos; entró arrastrando los pies; no veía, iba casi á tientas..... no habló más que de su mala salud y de un sin fin de baños y aguas minerales que había tomado ó pensado tomar; unas aguas con nombres imposibles.

Grilo y yo nos consideramos más ricos que él.

Yo lo dije poco después en unos versos á mi amigo, en los que ya me he declarado *pobre* y *contento*.....

—¡Y pensar que ese hombre es ese Duque de Osuna, con cuya fortuna sueña tanta gente!—decía el poeta de las ermitas, y añadía:

—Dí la verdad; ¿qué le encuentras de envidiable?

—¡La mujer!—exclamé.

Era, en efecto, la Duquesa su esposa, hoy Duquesa viuda, una hermosísima dama en todo el *éclat* de la belleza. Al retirarse del salón, ella le ofreció el brazo á él, porque, ya lo he dicho antes, el Duque no veía.

A los dos ó tres días le volví á ver en un baile dado por el Marqués de Vinent.

—Osuna, Osuna—decían los convidados en voz baja; y le abrían paso.

Iba cargado de placas, bandas, estrellas y rosetas de todas las órdenes del mundo.

Se le admiraba como si á todos nos hubieran dicho:

—Ese que viene por allí toma chocolate con diamantes, y en lugar de pastillas para la tos traga monedas de cinco duros.

Los mismos nobles, los aristócratas de raza, le miraban como á superior.

Era un español sesenta veces Conde, Duque y Marqués, veinte ó treinta veces Grande de España. Desde Cádiz hasta la última aldea rusa ha sonado su nombre como derrochador de oro..... era el *Duque de Osuna y del Infantado,* lo cual es como llamarse Madrazo en las artes, ó Alcalá Galiano en la política, ó Céspedes entre los comerciantes, ó Salamanca en los negocios, ó Saavedra en la literatura, ó Guillén en la tauromaquia.

Su residencia de Beauraing, en Bélgica, donde ha muerto á los setenta y dos años, después de una gloriosa existencia dedicada á gastar dinero, es esplendidísima. En ella han pasado temporadas algunos Soberanos de Europa sin echar nada de menos de lo que abunda en sus palacios.

Una gran parte de su fortuna, dice hoy un periódico parisién al anunciar su muerte, va á pasar á la Marquesa de Javalquinto, una dama que tiene las manos más bonitas de España.

¡Y ahora..... más!

POMPEYO GENER.

Pompeyo Gener es un sabio de treinta y dos años. Tiene una reputación europea. Acaso donde menos se le conoce es en España.

Su carácter, nada extraordinario en Cataluña, su país, le trajo á París por un rasgo de independencia y de legítimo orgullo.

Había escrito un libro que se titula *La Muerte y el Diablo*. Una obra científica que le había ocupado mucho tiempo, y en la que hay gran acopio de doctrina y de erudición. Los editores madrileños no la entendieron. Los literatos y los periodistas no hicieron caso de aquel catalán que venía á alternar entre nosotros. En Madrid suele haber prevención contra *lo catalán;* gusta mucho más *lo flamenco*.

Pompeyo Gener se propuso publicar su libro en Francia. Para esto necesitaba escribirlo en francés. Puso

manos á la obra; escribió en francés como en castellano; encontró en seguida editor que publicase la obra.

El gran Littré la recomendó al mundo científico en un prólogo notable. Littré había sido su maestro. Claudio Bernard le había enseñado la fisiología. Maspero le llama su discípulo querido. Cuando llevó su libro á Madrid, ya se había dado á conocer en el Ateneo de Barcelona y en las páginas de la *Revista Contemporánea*, de Perojo.

Era un español estimadísimo de las notabilidades científicas de Francia. Renán siente por él gran predilección. Charcot es su querido amigo. En Madrid no fué más que un *catalán* que había escrito un libro; un desconocido, uno que venía de París, porque Madrid no lee lo que pasa fuera, ni le da importancia á la ciencia moderna. Gener se volvió á París, donde debía echar los cimientos de su nombre, que ya está muy alto.

Es miembro de la Sociedad Antropológica de París, de la Zoológica de Zurich, de la Bibliográfica de Leipsik, redactor de la acreditadísima revista *Le Livre*, colaborador de la *Revue politique et litteraire;* ha traducido *El Origen del hombre*, del doctor Roberto Abendroth, y la obra de Proudhon *De la justicia en la revolución y en la Iglesia.*

Es doctor en ciencias; posee las lenguas orientales; habla cuatro idiomas; escribe á la vez en tres con facilidad suma. Honra, en fin, á España primero, y á Cataluña después, ó mejor dicho, á Cataluña solamente,

porque España en este caso, como en otros muchos, ha esperado á que Europa le dijera lo que tenía en casa.

No hace muchas noches que Pompeyo Gener y yo encontramos en el boulevard á Campoamor, recién llegado de España. Le presenté á Gener. El poeta de las *Doloras* no salía de su asombro; creía, antes de conocerle, que Gener era un viejo. ¡Naturalmente! Los conocimientos que revela *La Muerte y el Diablo*, hacen presumir que su autor es un hombre envejecido en las bibliotecas.

Nada de eso; como Menéndez Pelayo, sabía, al empezar la vida, mucho que ignoran algunos vejestorios ilustres; solamente que al revés que Menéndez Pelayo, Pompeyo Gener es liberal, excesivamente liberal. Acaso por eso no le hemos deificado en España.

Su libro, ya famoso, le abrió las puertas del gran mundo literario de París. De él se ocuparon con elogio, en periódicos, revistas y cátedras, Dermesteter, Perrot, Monod, Richepin, Maspero, Stupuy, André Lefevre, Bigot, Smith, Halevy y otros varios hombres eminentes. Su país natal, Barcelona, va á rendir tributo de admiración al compatriota, y la casa editorial de Verdaguer prepara una edición española del libro.

Gener es un modelo de actividad, que yo, que pretendo tener alguna, no me cansaría de estudiar nunca.

Para él se hizo aquella frase española de que entre el día y la noche no hay pared. La potencia cerebral de este hombre debe de ser extraordinaria. Días hay en

que sale á diez y seis horas de trabajo; y como es á la vez hombre de mundo, jóven, amigo de admirar belleza donde quiera que la encuentra, y estimadísimo en la buena sociedad francesa, á veces, después de un día entero de trabajo, en el que se ha olvidado de almorzar ó comer (porque es la distracción misma) abstraído en el desarrollo de la materia que haya tratado, se le encuentra en un salón discutiendo siempre de algo muy raro y muy curioso para los que no vivimos en el mundo de la ciencia, y cautivando con la facilidad de su palabra á los que le oyen siempre atentos.

Los demás, cansados de trabajar, vamos al teatro ó al *club* para descansar una hora. Gener va á trabajar á todas partes. En el *club* está siempre escribiendo; en la mesa del *restaurant* donde come, hay siempre un lápiz y muchos papeles. En el teatro no puede ver la comedia como yo, porque se le han de ocurrir mil soluciones distintas de la misma comedia que vemos. Lo poco que duerme, sueña sin cesar. Se lo he dicho no hace mucho: no se puede vivir así, la muerte ó el diablo tienen que alegrarse de esa fiebre de trabajo, á ninguna otra parecida.

Para hacer una biografía de Pompeyo Gener serían necesarios mucho tiempo, muchos datos, porque ha hecho muchísimas cosas, notables todas. Yo no he querido más que dedicar un recuerdo á este español ilustre, que tan alto puesto ocupa en el mundo científico moderno, y del cual sólo se oyen elogios en esta Francia,

tan refractaria por lo general á reconocer el mérito de los extranjeros.

Pompeyo Gener es una gloria nacional, y es deber del cronista español dedicar á tan notable personalidad lugar preferente.

MARÍA TUBAU.

Si en una fiesta popular, centenario, procesión cívica ó cosa por el estilo, fueran precisas figuras alegóricas, y entre ellas hubiera necesidad de representar á la coquetería (en el sentido honesto de la palabra), indudablemente habría que suplicarle á María Tubau que se exhibiera una vez más ante los madrileños.

Entiéndase que la palabra coquetería la aplico yo aquí, no como el vulgo, que suele definirla de modo desfavorable á la bella mitad del género humano.

En un *Diccionario de la Lengua castellana* que tengo á la vista se lee:

COQUETERÍA. — *Cierto estilo en los modales y adornos para mayor atractivo.*

Así es que yo conozco á muchísimas mujeres virtuosas y bonitas que son á la vez coquetas por cumplir como deben su misión de seres agradables; que si la

mujer no tuviera este secreto de agradar con algo más que su propia hermosura, no sería sino media mujer. Capital moral es la belleza, que conviene á la mujer aumentar por lícitos medios.

Coqueterías hay en la flor con que se adorna la humilde obrera que no puede lucir brillantes ni encajes. Coqueterías en la más sencilla actitud de la gran señora que sabe distinguirse entre muchas. Coqueterías en los saludos, en las miradas, en las sonrisas. ¡Oh! es toda una teoría que podría llamarse *El arte de agradar*, si Ernesto Feydeau no lo hubiese escrito hace ya mucho tiempo.

Y este arte, que, como todos, no existiría sin la inspiración, es sumamente necesario á las actrices que, como María Tubau, tienen el noble deseo de llegar á la gloria por méritos propios.

Porque ésta es una actriz á ninguna otra parecida, que ha hecho su merecida reputación sin necesidad de ser más que mujer.

Todas las encantadoras monerías del bello sexo, todas esas lindezas que una mujer tiene siempre reservadas para los momentos de conquista, las guarda María Tubau para la escena. De manera que el público para ella no es la reunión de mil espectadores cuyos corazones hay que cautivar uno á uno, no. El público es un solo hombre á quien ella dirige una sonrisa cotidiana, á quien subyuga con una incesante exposición de detalles personales que hacen olvidar á la actriz para pro-

ducir estas ó parecidas exclamaciones en palcos y butacas:

—¡Qué bonita es!

Ó

—¡Qué bien se viste!

Ó si no

—¡Es una *monada!*

Y así por el estilo.

Si el público conociera el teatro por dentro, y viera el cuarto de esta artista, sabiamente elegido al paso inevitable de todo el mundo; si la viese allí convertida en hombre político de bastidores, conciliando voluntades, dividiendo fracciones y entreteniendo, como su amigo Cánovas, á partidos opuestos, durante años, para conservar entera su influencia, se convencería de cuán cierto es lo que yo aquí le digo.

María Tubau es una actriz discreta, aplicada, estudiosa, atractiva, simpática; pero su principal talento consiste en saber ser mujer.

A su alrededor hay siempre media docena de incautos, notables en las letras y en las artes, á quienes tiene sin cesar encantados con sus deliciosas medias palabras.

No haya miedo que la opinión señale á ninguno como dueño de su voluntad. Podrá haberlos que siendo muy listos como hombres, escriben con los pies. Ella, en cambio, es más lista como mujer, y siente con la cabeza.

Y esta manera de ser no es en ella innata.

Ha sufrido mucho, y se ha hecho para su uso particular una fuerza de voluntad extraordinaria, que si no es orgullo, es afán constante de vencer las grandes contrariedades de la vida. Ha aprendido á conocer el mundo á fuerza de pesares. No ha tenido tiempo de ser niña, ni mujer, y todo esto se ha unido en ella con la necesidad de representar comedias, que es el arte de fingir la vida, y ha resultado mujer en la escena y comedianta en la vida real. Se defiende bien, porque está sola, asediada, y sabe lo que vale.

Ha de perdonarme estas observaciones, á mi que pretendo conocerla bien. Si son imprudentes, las compensará el éxito que obtiene siendo como yo la presento. Cuando se case.....

Y aquí llegaba mi retrato de hace dos años, cuando la aplaudida actriz..... se casó.

Tentado estoy de arrepentirme de cuanto hace dos años dije.

PÉREZ GALDÓS [1].

Una mañana, hace catorce años, recibí una carta de Federico Balart, que era entonces el crítico de moda.

«Querido Eusebio — me decia: — Puesto que tú has llegado al pináculo del éxito (2), ayuda á los demás. Te presento á mi paisano D. Benito Pérez Galdós, un joven de mucho talento, que tiene hace dos años una comedia en el teatro del Príncipe.»

El mismo joven murciano traía la carta. Un muchacho flaco, serio, casi sombrío, en honor de la verdad no muy simpático.

Vivía yo en la calle de Cervantes, y estaba acabando de almorzar cuando se me presentó el *desconocido*.

—¿Se llama usted?.....

(1) Escrita primeramente en francés en *La Revue Universelle* de 1.º de Abril de 1884.

(2) Era el año de *El Pañuelo blanco*.

—Pérez Galdós.

—Su comedia está.....

—Está en poder del señor Catalina hace mucho tiempo.

—Diga usted al señor Balart que esta misma noche hablaré á Catalina y le pediré la comedia.

—Gracias.

Se levantó y se fué. Ni más ni menos.

Aquella misma noche, á la una, leía yo, tendido en mi cama, el drama de costumbres que saqué del armario donde Catalina almacenaba todo lo que no leía.

El drama era interesante, *nuevo*. A la mañana siguiente hablé á Catalina de la obra y del autor con todos los elogios que el trabajo merecía. Pero la obra no se hizo.

Galdós, cansado sin duda de esperar, hizo una novela, que fué más afortunada que el drama. *La Fontana de Oro* apareció en la *Revista de España*, y su éxito fué muy grande. Seis meses después publicaba *El Audaz*. Un año más tarde comenzaba la publicación de los *Episodios nacionales*, que tanto nombre le dieron.

Como Erckman-Chatrian, Galdós ha popularizado la historia contemporánea. *Trafalgar*, *El Equipaje del rey José*, *Napoleón en Chamartin*, *Zaragoza*, *Gerona*, son libros que no morirán, y en los cuales se aprende á amar la patria.

Pero este género de novela no bastaba á la ambición del escritor ya popular.

Cultivó otro género, *realista*, y como tiene mucho talento, el éxito fué mayor todavía.

Gloria es su obra maestra. Tengo por seguro que Sardou ha leído esta novela antes de dar al teatro su *Daniel Rochar. Mariancla*, *Doña Perfecta*, *La Familia de León Roch*, *El Doctor Centeno*, *El Amigo Manso*, *La Desheredada*, han hecho á Galdós inmensa reputación y le han proclamado nuestro primer novelista contemporáneo.

De su carácter apenas se puede decir nada, por la monomanía que todos le reconocen, de vivir aislado del mundo. Para obsequiarle con un banquete nacional hubo que sacarle de su rincón, y no se obtuvo de él sino un brindis de veinte palabras. «Gracias, señores, muchas gracias.» Es todo cuanto dijo, mientras que Cánovas, Castelar, las eminencias del país, pronunciaban discursos llenos de elogios al gran observador de nuestro tiempo.

En invierno se encierra en su cuarto de la Castellana y da todos los meses un libro á la imprenta. En verano se va á Santander, solo, y se baña en el mar cuarenta días.

Dijérase que lleva el mundo en el bolsillo, porque no va á observarlo á ninguna parte, y sin embargo le conoce como pocos.

CHARLES BLANC.

Vengo del entierro de Charles Blanc, el eminente crítico, á cuyo cadáver han acompañado al cementerio incalculable número de franceses.

Conocí á Charles Blanc á bordo de un barco egipcio, allá por el año 69. Juntos hicimos aquel inolvidable viaje de cuatro meses, en el que comenzó nuestra amistad, que de entonces acá ha fomentado continua y cariñosa correspondencia. En mis viajes á París, mi primera visita era para él; por su mediación he conocido á muchos literatos, artistas, actores, periodistas, críticos. Con gran pena he asistido hoy á la conducción de su cadáver.

Era un viejo simpático, atractivo, cariñosísimo. Su inmensa erudición brotaba de sus labios con tal arte, con tan natural maestría, que media hora de conversación con él equivalía á tres días de lectura.

Tenía gran afición á España; conocía muy bien á nuestros pintores. Siempre se ocupó de ellos con elogio.

Y había en él algo de español. Su padre fué inspector de Hacienda en Madrid, en el breve reinado de José Bonaparte. Luis Blanc, su hermano, es madrileño.

En casa del célebre grabador Calamatta comenzó á ganarse la vida el hombre que hoy lloran las artes en Francia. Su primer trabajo notable como grabador fué una copia del *Janus* de Rembrandt, que aun se conserva en el salón de mi perdido amigo. *En la historia de diez años*, de su hermano Luis, hay un retrato de Guizot grabado por Carlos.

Pero el grabado no era su fuerte. Comenzó á hacer revistas de pintura en *El Buen sentido*, que dirigía su hermano, y bien pronto se impuso.

Republicano de corazón, ha figurado en todas las revoluciones de su tiempo. El año 48 fué nombrado director en la Administración de Bellas Artes. Las protegió con entusiasmo. Arrancó al Ministerio de Comercio subvenciones para los artistas notables, y 80.000 francos en porcelanas de Sevres, para hacer con ellas premios á los alumnos. Combatió en la Asamblea toda reducción en los gastos de los Museos nacionales. Á él se debe la conservación de la Escuela de Roma, cuya desaparición estaba decretada.

Al advenimiento de Napoleón III, se retiró á la vida privada, y entonces comenzó sus grandes trabajos sobre artes.

Su *Historia de los pintores de todas las escuelas* asegura la inmortalidad de este gran escritor, que con Paul de Saint-Victor, su más íntimo amigo, ha sido durante más de treinta años el representante de la crítica artística en Francia.

Trabajo colosal que revela una asiduidad y un entusiasmo sobre todo encomio.

Fundó la *Gaceta de Bellas Artes;* publicó cuarenta ó cincuenta obras diferentes sobre pintores. La República francesa le dió su cátedra de estética y de historia del arte en el Colegio de Francia. Miembro del Instituto académico, designado para presidente de la Academia durante las sesiones de este año, la muerte le ha arrebatado á sus amigos y á la patria. En el acompañamiento de hoy estaba representado cuanto de notable encierra París en letras y artes.

No hace aún dos meses que yo le anuncié mi visita de este año.

Cuando entré á verle estaba sentado en un sillón antiguo, hojeando un periódico ilustrado.

—¡Ay, amigo mío, qué tarde viene V.!

—Usted no me indicó la hora.....

—No, no es eso. Tarde para que hagamos, como otras veces, nuestras visitas á los Museos, á los teatros, á los *atéliers*, á todas partes. Muy tarde, porque yo me muero.

Lo presentía. ¡Gran pérdida para la nación, y mayor aún para sus amigos íntimos, que lo éramos todos!

BAUER.

Bauer no tiene nada de banquero exteriormente.

Al verle, al hablarle por primera vez, el que no supiera á quién tenía el honor de hablar, le creería en Francia un príncipe ruso, en España un grande de ídem.

¡Singular manera de ser la de estos judíos omnipotentes hoy en Europa!

Han adquirido no sólo lo que se compra con dinero, sino lo que se hereda.

Bauer es el tipo del perfecto caballero: amable sin afectación, sencillo sin estudio, distinguido sin pretensiones.

Ama las artes, por lo cual ha conseguido ser tal vez el único en Madrid de quien no hablan mal los artistas.

Porque los demás banqueros de por allá protegen las artes como pudieran proteger los fósforos ó el ganado

lanar. Compran un cuadro cuando han oído decir que está el autor en moda. Aglomeran en sus palacios todo género de cosas, buenas, malas y medianas. Almacenan, pero no sienten.

Bauer es artista.

Así es que al hacer un bosquejo biográfico de este amigo mío, yo no me acuerdo de su despacho del segundo piso de su casa en la calle Ancha de San Bernardo. Olvido por completo que es el alma de tal ó cual ferrocarril. No paso del piso principal, donde tantas veces he visto á Madame Bauer representar primorosamente proverbios y comedias francesas; donde no se vuelven los ojos á ninguna parte sin admirar algo notable debido al talento de nuestros pintores. Allí hay cuadros de Sala, de Pradilla, de Fortuny, de todos nuestros compatriotas ilustres. Las porcelanas, los mueb'es antiguos, los tapices, todo revela al hombre de buen gusto, que no sólo ha sabido comprar, sino que ha sabido colocar las cosas de manera, que si yo fuese alguna vez emperador (lo cual no es posible) y Bauer se quedara en la miseria (lo cual no es probable), le encargaría la formación de mis museos.

Su círculo íntimo tampoco es de banqueros.

Sus amigos se llaman Valera, Albareda, Correa, Aldana, personalidades, en fin, que amenizan las comidas y los almuerzos de aquella fastuosa casa con una conversación literaria, artística, erudita, pero nunca financiera, nunca ávida, nunca molesta.

¡Oh! Bauer sabe vivir, lo cual es más difícil de lo que á primera vista parece.

Es preciso observarle muy bien para ver que no pierde detalle alguno de cuanto le rodea. Observador delicado, parece que no se entera de las cosas; pero no es fácil que los que pretenden conocer los negocios le sorprendan. Y es que Bauer ha hecho de los negocios, á los ojos de las gentes, una cosa secundaria, por más que á realizarlos haya venido á España, país que ha conocido al momento, porque en él la simpatía es todo. Y Bauer es simpático, como Manzanedo es lo contrario.

Hay en esto un deber de parte suya, que Bauer cumple con extraordinario talento.

En Madrid, Bauer no es él; es otro.

Bauer es Rothschild.

Y del mismo modo que Fernán-Núñez, por ejemplo, es hoy la España en Francia, este banquero distinguido sabe que representar á Rothschild es lo mismo que ser el embajador del dinero de Europa.

El dinero es ya atractivo por sí. Representado por un *gentleman* en un país pobre, el dinero duplica su valor, y por eso en las manos de Bauer un duro vale dos. Sus recepciones, sus favores, sus proposiciones llevan siempre una aureola que se presiente. El nombre de Rothschild acude siempre á la memoria.

Ayúdale no poco la figura. Indo era vulgar, Manzanedo es *cursi;* Salamanca es viejo; Murga es invisible; Campo es ostentoso; Bauer es hermoso. Las mujeres

son las que lo dicen; protesto de la iniciativa en el elogio. Es el tipo israelita en todo su esplendor. Es como si dijéramos, el Cristo repuesto de su campaña en este bajo mundo, y acabada en el cielo su convalecencia de la crucifixión. ¡Es Nuestro Señor..... gordo!

Un literato no puede calcular lo que será Bauer en la vida íntima de los negocios; pero tengo por indudable, y sabiendo que los negocios requieren grande habilidad para convencer á los demás, que Bauer tiene una fuerza persuasiva extraordinaria.

La tiene en la vida privada como pocas personas. No hay lugar al cumplimiento con él. Iréis á verle á las nueve de la mañana, le hallaréis vistiéndose, os recibirá en su cuarto de tocador para probaros que os da confianza, y le hallaréis tan *comm'il faut,* como si os recibiera por la noche á la entrada de su salón teatro. Os dirá *Siéntese usted,* abriendo en tal expresión de afecto sus grandes ojos, que no os sentiréis con fuerza para decir *Estoy bien;* caeréis en la butaca sin daros cuenta. Para magnetizar sería un gran práctico.

Y es indudable que la figura es la mitad del capital.

Campoamor ha hecho la mitad de su reputación con la cara, y Bauer es el Campoamor de los negocios de aquella tierra española.

He aquí un hombre del cual no se pueden referir rasgos particulares, por más que yo sé muchos. Le desagradaría de seguro, porque su generosidad es modesta.

Otros hay que hacen anunciar la limosna que dan, la

protección que venden y la fundación piadosa que imaginan. Bauer hace las cosas, pero no las dice. Sus actos privados son interesantes, porque en ellos hay siempre la tendencia al bien.

Un banquero de Madrid me contaba en cierta ocasión que nunca había negado dinero á sus amigos *por una vez.*

En esto se ve clarísimamente el deseo de *ganar amigos.*

Lo difícil es dar siempre que se adivina la necesidad ó el favor. No haya cuidado que yo saque á luz nombres propios, pero yo sé los infinitos favores hechos por Bauer.....

—¿Luego se los ha contado él?—dirá el lector.

—Al contrario; me los han contado ellos.

¿Y qué mayor recompensa para un millonario que oirse alabar por todas partes?

El español es agradecido. Suele no contar lo que debe, pero cuenta siempre el favor que le han hecho.

Bauer tiene, sin saberlo él mismo, una cantidad enorme de propagandistas en España.

¡Pero ceso aquí, no vengan á abrumarle por culpa mía!

EULOGIO FLORENTINO SANZ.

«Te dedico este proverbio antes de que sea juzgado por el público respetable. Muéveme á tal proceder haberte oído aprobar completamente mi trabajo y encontrarle acomodado á tu manera de sentir. Es tan raro que tú apruebes, y suelen ser tus censuras tan atinadas, que aunque esta obra no merezca mañana la aprobación de mis espectadores, yo habré quedado satisfecho al saber que fué cosa de tu gusto, convencido como estoy de que tu gusto es delicado.»

Así decía la dedicatoria de mi proverbio *No la hagas y no la temas*.

De esto hace ya bastantes años. Ya Florentino Sanz y yo nos conocíamos de antiguo y éramos íntimos amigos.

El origen de nuestra amistad fué muy curioso.

Había yo escrito en *La Discusión* cierta quisicosa sin firma, y se discutía en el Casino de Madrid sobre de quién sería.

Entré en aquel momento y dije á los ilustres desocupados que había alrededor de la chimenea:

—Señores, no discutir más; eso es mío.

Se levantó entonces Sanz y me dijo:

—¡Ah! ¿Es de usted? ¡Pues oye!

Y me llevó aparte para darme consejos y dedicarme cariñosas censuras.

Su cualidad distintiva era el orgullo.

Orgullo de su propio valer, llevado hasta la exageración; ¿qué digo hasta la exageración? ¡hasta la miseria!

Prefería morirse de hambre á escribir versos que, según él decía, no habian de entender las gentes.

Desde que dió al teatro su comedia *Achaques de la vejez*, juró no escribir más. Nuestras discusiones sobre esta resolución eran muy animadas.

Daba yo á la escena tres ó cuatro comedias al año, y esto le parecía á mi inolvidable amigo el colmo de la abnegación.

—¡Entregarse de ese modo á unos cómicos tan malos! ¡Me haces el efecto de un hombre que engendrara hijos para arrojárselos á las fieras!

Y no había medio de convencerle de su error.

—Mira—me dijo en cierta ocasión—tengo pensado y anunciado por ahí hace tiempo un drama que se llama *El puñal y la escarcela.*

—¡Ah! ¿Al fin oiremos otro drama tuyo?

—No. Espera..... Tú que vas por ese mundo que abo-

rrezco, de magnates ó de banqueros, búscame un rico muy bruto que me de ocho mil duros por el drama y lo firme. Te respondo de que gustará, y al hombre puede convenirle ser autor dramático.

¡Cómo pintaba este rasgo su manera de ser!

Quería que su drama tuviese el precio en que él lo tasaba.

—*¡El puñal y la escarcela!*—decía yo.—¿Será un drama de capa y espada?

—No, hombre, no; pero si lo anunciase con el título de *Fulano de tal*, ó *El gabán de pieles*, ó *La Condesa viuda*, no llamaría la atención, porque aquí no gustan más que los dramas, y por eso empecé yo mi breve carrera con el *Don Francisco de Quevedo*.....

Y añadía:

—Querido, aunque escribas más comedias que Lope de Vega, no harás el ruido que produce cualquier autor vulgar en un drama que destrocen á gritos los actores. Voy á ponerte ahora mismo un ejemplo del paladar nacional. Ahí tienes á nuestro amigo G*** (1), un banquero, persona distinguida que ha viajado por Europa. Todas las noches cena en aquella mesita junto al balcón.

Y dirigiéndose á él:

—¿Qué va usted á cenar, Joaquín?

—¡Hombre! he dicho que me suban de los *Andaluces* un bacalao á la vizcaína.....

(1) D. Joaquín de la Gándara.

Florentino me dijo al oído:

—¡Dales comedias delicadas á *éstos!*

Era ocurrentísimo en la conversación, y se distinguía por un buen gusto literario exquisito.

Cuando aparecieron las *Rimas* de Becquer, las impuso al Casino, que era su verdadera casa y hogar, á fuerza de repetirlas. Tenía muchos puntos de contacto con el poeta á quien celebraba. Era, como él, obscuro, soñador, independiente y desgraciado.

Le encantaba la vida misteriosa. Se había propuesto no dar versos al público, pero hacía composiciones á un sin fin de *cursis adoradas,* como llamaba él á las mujeres que conocía por ahí en cafés apartados del centro, en teatros de tercer orden, en los paseos solitarios, en las iglesias más lejanas.

—Hay mucha delicadeza oculta me decía.—Mujeres á quienes nadie conoce, y que si llevaran un título y tuvieran un coche pasarían por modelos de *esprit*, porque el mundo es así y el vulgo llena las dos terceras partes del globo.

Era un hombre que nunca necesitaba más que un duro. Su constante hastío parece reflejarse en aquellos versos del personaje de su drama:

Cansado estoy de cansarme
Y aburrido de aburrirme;
¡Necios! venid á enseñarme
Cómo debo de arreglarme
Para poder divertirme!

En su conversación, siempre graciosa, había frases que han quedado.

Ganó una vez al juego tres mil reales que le resolvieron muchas dificultades.

Y decía:

—No lo puedo negar. ¡Hay una Providencia!

A los pocos días un amigo le pide prestados diez pesos.

El poeta, enseñando los bolsillos vacíos:

—¡La Providencia está de veraneo!

Hubiera sido un escritor festivo sin rival. Él puso en moda aquellas *moralejas* de que tan graciosas muestras nos han dejado Miguel de los Santos Alvarez, Narciso Serra, el general Ros y otros contemporáneos.

Yo tengo una de Florentino Sanz que dice:

Un sobrino carnal, corto de alcances,
Á vuelta de muchísimos percances
Que le tenían harto,
Estaba enfermo, y triste, y sin un cuarto.
Era como una malva
Y madrugaba siempre con el alba;
Y Dios, que es el demonio (!!!),
Le hizo hablar á su tío Don Antonio,
Que era de los más brutos,
Y conversó con él cuatro minutos.
Madruga con calor en el verano,
Y también en invierno, aunque haga frío,
Y si hablas con tu tío muy temprano.....
Hablarás muy temprano con tu tío!

Gran empeño tuve de escribir una semblanza suya para comenzar con ella un tomo.

—Hablemos antes de eso.

—Hablemos cuanto quieras.

—¿Vas á pintarme como soy?

—Sí.

—¿Con todos mis defectos?

—Sin duda.

—Pues espérate á que me muera, porque entonces los defectos parecerán muy bien.

Le he cumplido la palabra. ¡Oh tierno amigo de mi alma! Descansa en paz; en mi memoria vives.

CADENAS.

—

He aquí uno de los simpáticos á quienes me refería en una de mis anteriores semblanzas.

Desde los principios de su vida se apoderó de las gentes con su afable trato y su gallarda presencia.

Nadie veía en él un *financier* hace veinte años.

Era un pollo, lo es aún, puesto que todavía suelen anteponer este nombre al suyo los que le nombran en conversación íntima.

Era, como digo, *el pollo Cadenas* indispensable en los estrenos, en el paseo de la Castellana, en los salones de alguna dama.

Y por entonces sólo se sabía de él que tenía gran partido en el bello sexo, que hacía la alegre vida de soltero sin apuros, y que era el hijo más amante que pueda celebrar la fama.

Tenía la idolatría de su madre. Yo le he visto todos

los días hacer su visita á la santa anciana, que vivía feliz viendo al hijo querido adelantar rápidamente en sus negocios.

Parecían dos enamorados. Poco le importaban á Cadenas la Bolsa, las minas, la política, cuanto hay en el mundo, á la hora de ir á besar en la frente á la madre querida.

¡Antes que ella, no había nada!

Y no hay que dudarlo, el que es buen hijo, será forzosamente buen padre, buen ciudadano, buen amigo.

Cadenas tenía, al empezar á vivir, muchos envidiosos.

¡Cuántas veces he oído en los cafés, en la chimenea del Casino, en los saloncillos de los teatros, murmurar de él sin motivo fundado!

Pero la envidia no contó con la habilidad de la víctima.

Cadenas es un hombre práctico. En su casa hay un gran libro exclusivamente dedicado á lo que allí se llama el sablazo de los amigos.

Acaso el lector que lleve muchos años de ausencia de España, ó el americano que lea este libro, ignorarán lo que es un sablazo en la tierra de los hidalgos y caballeros.

Un sablazo es la petición del dinero que no se devuelve.

Cadenas se propuso que lo acribillaran los madrileños, y la envidia calló.

Ha prestado tantos servicios, ha obligado á tantísima gente, que al fin, es natural, se ha quedado sin un enemigo.

Por otra parte, sus condiciones especialísimas le han hecho con razón acreedor á la estimación general.

Solo, sin más ayuda que su franco carácter, su actividad febril y su conocimiento del mundo, ha llegado á competir con los grandes financieros de nuestro país.

Ha sido diputado, y cuando el público creía que lo era por lujo y que no desplegaría los labios, se levantó un día y habló, y habló tan bien, que á la mañana siguiente la prensa le aclamó como orador notable.

Tiene su plan de Hacienda, y en una situación *mejor* sería un ministro simpático á los hombres de negocios.

¡Quisiera Sagasta en los momentos actuales cambiar á Camacho por Cadenas!

La política no le ha sido ni productiva ni leal.

Antes de la restauración se contó con él, como se contó con todos los ricos. Después, según la costumbre conservadora, se atendió á los tontos, y naturalmente no se pensó en él.

Pruebas ha dado de prudente callando. Eso prueba la nobleza de su carácter.

De su vida íntima no debo saber nada; pero es público su desinterés, y no menos pública su adhesión á los que ama. Y ha dado pruebas de saber amar bien y de imponer sus pasiones, que admiran por lo sinceras y consecuentes.

Una noche, en un teatro, Cadenas estaba sentado al lado mío.

En un palco cercano á nuestros asientos estaba la marquesa de ***, famosa por su escandalosa vida.

Y al lado de ella, en indecorosa proximidad, un joven, casi un niño, á quien todo Madrid conocía como amante de aquella hermosa compatriota mía, que hacía de su desordenada vida una coquetería más.

En el entreacto el palco se llenó de amigos. La nobleza, la banca, la literatura.....

—¿Ve usted?—me decía Cadenas.—¡Qué consideración, qué respeto, qué atenciones! Y acaso esos mismos murmurarían del que hubiera consagrado su vida entera al amor de una mujer..... ¿Y por qué? Porque acaso también el amante no sería, como ese niño enclenque y podrido, tres veces Duque y cuatro ó cinco veces Grande de España.

Cadenas, en sus costumbres, es espléndido, generoso, sabe gastar, que es un arte difícil; y los numerosos empleados que tiene á sus órdenes le quieren muy de veras.

Últimamente ha dedicado tiempo y trabajo á las minas, porque alguna rareza había de tener Es una *minomanía* como otra cualquiera, que ha vuelto locos á muchos.

¿Qué más minas que la inteligencia de un hombre joven y práctico y estimado, en una capital donde apenas trabaja nadie?

Hubo un tiempo en que la Dirección del Tesoro no podía vivir sin él.

Pudo decir parodiando al gran rey: «¡El Tesoro soy yo!»

Con esa figura y ese lenguaje que lleva la convicción á cualquiera, y esa facilidad de apoderarse de las gentes, hará cuanto se proponga, decía un compañero suyo en las Cortes.

—Desengáñese usted—le dije—para todo eso se necesita el talento natural, la *mundología*, que sacan ya aprendida del vientre de su madre los españoles, más inteligentes uno á uno que todos los franceses juntos.

Y siendo así, Cadenas hubiera llegado á ser lo que es, aun siendo más feo que el Marqués de Vinent, ¡que es un colmo!

MANZANEDO.

Otro le llamaría el Duque de Santoña.

Yo creo, sin embargo, que en el fondo de su conciencia preferia llamarse Manzanedo.

No se renuncia por gusto al nombre que ha producido la fortuna y la estimación de las gentes.

La vanidad, el mundo, acaso la familia, llevan á la nobleza á veces á un hombre que sería más simpático á la multitud si dejara encomendado á sus albaceas que pusieran sobre su tumba estas palabras:

Fulano de Tal,
trabajador toda su vida.

Porque.... después de todo, ¿qué más da llamarse duque ó llamarse Pérez? Mientras no se me pruebe que quien me da el ducado vale personalmente, por lo menos tanto como yo, no sé hasta qué punto debo

recibir ésta que llaman distinción, sin serlo más que en el nombre, de manos de quien con ella me obliga á ser devoto suyo.

Sobre la tumba de Newton quiso alguien poner

$$X + A^m$$

fórmula del binomio eterno en los fastos del álgebra superior; y esto es más grato á la humanidad que si á Newton le hubiesen dado un condado en vida.

Llamo, pues, Manzanedo al Duque de Santoña, cuyo discurso al cubrirse como Grande de España (otra antigualla de nuestra atrasadísima España) fué objeto de tantos comentarios, porque el mundo moderno, que se compone de comerciantes, banqueros, industriales, periodistas, pintores, músicos, ingenieros, individuos, en fin, dueños de su tiempo, no comprendía aquel afán de probar nobleza de sangre en los antecesores de un honrado industrial, cuando precisamente por industrial se le daba ingreso en la nobleza.

Pero él se empeñó en ser duque además de marqués, y le dimos la enhorabuena. Dichoso él que es feliz con tan poca cosa. De todos los banqueros españoles, ninguno más en evidencia de veinte años acá.

Terminada la popularidad legítima de Salamanca, comenzó la popularidad forzada de Manzanedo.

La multitud necesita siempre un banquero, como necesita un hombre de Estado, un pintor ó un poeta, para ocuparse de él á todas horas, ya con elogio, ya con

dureza. Manzanedo ha conseguido largamente ambas cosas.

Su inmensa fortuna produce, como es natural, odios, envidias y observaciones insolentes.

El dinero que se adquiere en las artes no molesta á nadie. Los políticos y los hombres de negocios tienen siempre en contra al resto de la humanidad, que no concibe, por ejemplo, la ganancia de un millón en media hora. A nadie se le ocurre denostar á la Patti porque gana en una noche diez mil francos; pero el obrero que compone un cristal roto en el palacio de Santoña y no cobra por aquel cristal más que ocho reales, detesta y murmura entre dientes del dueño de la casa, si sabe que ha sido obrero como él; porque el vidriero no espera cantar nunca una ópera, pero cree que tiene el mismo derecho que su igual para ganar seiscientos millones.

Y sin embargo, hay que reconocer, siendo verdaderamente imparcial, que no se llega á una fortuna colosal sin una gran inteligencia. Inteligencia limitada, circunscrita á los negocios y nada más, pero no por eso menos respetable.

Veces hay en que yo preferiría saber hacer un clavel artificial á escribir un drama.

Manzanedo, como vecino de Madrid, es un ser vulgarísimo; con lo que él ignora publicaría yo una *Enciclopedia* á ninguna otra parecida; pero su fortuna, que tantos comentarios merece, no se hace siendo tonto.

Hay que considerarle, pues, no como aficionado á cuadros, ni como coleccionador de cachivaches, sino como banquero.

Dicen, y creo que la voz del pueblo no se engaña, que le inspira su esposa, y que por eso ha llegado á ser lo que es.

Es, en efecto, mujer extraordinaria, á ninguna otra parecida, dotada de todas las grandes condiciones para llegar á cuanto se proponga. En la política, en los negocios, en cuanto puso mano, logró siempre vencer. Sabe ser rica, porque es espléndida y es caritativa. Sus bailes eclipsan á los de la nobleza rancia; pero si el pueblo comenta estas grandes fiestas, donde el vino del Rhin corre á grandes mares, y las trufas colosales ruedan por el suelo como en un festín de Cleopatra, en cambio admira la obra piadosa y colosal llevada á cabo por la Duquesa, fundando un hospital de niños donde el obrero puede ver cuidados y asistidos los hijos de su alma mejor que en el seno de la familia. Esto inmortaliza á una mujer, y esta mujer es digna de la estimación general.

Hay, pues, en esta española excepcional, representante de la riqueza moderna en nuestro país, algo que se refleja en las grandes empresas de su marido, el cual, con todos sus defectos de vulgaridad y de ignorancia, no deja por eso de ser una necesidad de la vida moderna. ¿Qué serían los Gobiernos, las grandes industrias, las artes y el comercio, sin estos monstruos del

oro á quienes directa ó indirectamente acuden grandes y pequeños?

Sólo él pudo haber llevado á cabo empresa tan extraordinaria como la del muelle de Santander; sólo con su fortuna se puede hacer ganar al comercio madrileño lo que representa de coste aquel museo de preciosidades que acaso con exceso adorna el palacio de la calle del Príncipe.

Eso sí, como *literato* no tiene precio. Cuando estaba acabándose la construcción de su palacio, cuentan (y la verdad en su lugar) que le dijo á un amigo:

—¡Será magnífico! Ahora me van á poner dos leones de *Cánovas* en la escalera.

EL MARQUÉS DE CAMPO.

De todos los banqueros españoles, ninguno más discutido, comentado, corregido y aumentado que el Marqués de Campo.

Apenas se pasa día sin que la prensa española ó extranjera se ocupe de él, de sus proyectos, de sus empresas.

Es una personalidad que está siempre en juego.

Du reste, como se dice aquí, hay motivo para que la opinión y la prensa se ocupe del Marqués.

Su actividad no se parece á ninguna otra. Es un trabajador infatigable, con una salud á prueba de bomba; no hay más que acudir á su palacio del paseo de Recoletos para convencerse de que el empleado más asiduo y puntual de la casa es él mismo.

Desde las siete de la mañana le hallaréis enterrado

en aquel despacho sombrío, en cuya mesa hay cartas de todas las grandes casas del mundo comercial.

A la manera de Felipe II, Campo lo despacha todo él solo; sus empleados no son más que los ejecutores de sus órdenes.

Para él toda empresa es fácil. No hace muchos días quería comprar la plaza de Gibraltar; con esto está pintado su carácter.

Nació para banquero, y acertó con serlo.

El Marqués de Campo no necesita biografía; basta con enunciar las empresas que ha acometido.

He aquí algunas de ellas, porque yo no las recuerdo todas:

«A pesar de sus defectos, el Marqués de Campo es, sin duda alguna, el más gran financiero que ha tenido España.»

Dotó á la ciudad de Valencia, su país natal, de las aguas potables de que carecía; después estableció en ella el alumbrado por gas, cuya fábrica y privilegio conserva hoy en propiedad exclusiva.

Fundó la Sociedad Valenciana de Crédito y Fomento, siendo la primera Sociedad anónima establecida en Europa, la cual, resistiendo á las oscilaciones y catástrofes que á otras muchas hicieron sucumbir, liquidó últimamente con grandes beneficios para los accionistas. (Vivió treinta y cuatro años.)

Construyó los ferrocarriles de Almansa á Valencia y Tarragona, cuya explotación dirige, siendo también el

primero que, terminada la construcción, sigue al frente de la empresa, sin abandonarla, ni en sus épocas más adversas ni en las favorables.

Al llegar aquí se ven ya justificadas las líneas que tomamos del periódico francés; pero esto no es más que el prólogo de la descripción que vamos á hacer.

El Marqués de Campo, *con su solo capital*, ha tomado á su cargo vapores-correos en Asia, África, América y Oceanía, organizando una flota de diez vapores de 100 A. 1 en Lloyds, ó sea la primera clase para buques; y esta organización la verifica en seis meses, con asombro general, pues todas las empresas han necesitado más de un año para ello.

Ha tomado á su cargo las líneas trasatlánticas de correos de los mares de las Antillas y golfo de Méjico, extendiéndolas desde Burdeos y Marsella, y tocando en Santander, Coruña, Vigo, Barcelona y Cádiz; y esta línea, servida por ocho vapores de gran porte y marcha, la organiza en cuatro meses y la inaugura con aplauso general.

No contento con esto, está organizando nuevas líneas de la Península á la América del Sur y al Pacífico.

Además, ha sido desde hace diez y ocho años contratista de tabacos para España, Francia é Italia, y hoy tiene aún en España dos contratas, y otras dos para Francia.

Tiene asimismo la contrata de conducciones de tabacos y efectos timbrados para España y Baleares.

Está construyendo por sí solo, y sin subvención del Estado, el ferrocarril de Carcagente á Gandía y Denia, y ha adquirido el tranvía de Silla al puerto de Cullera.

El pasado año adquirió el privilegio para el alumbrado eléctrico en España con la lámpara Siran.

Hay que añadir que ha fundado últimamente el Banco Peninsular Ultramarino, cuyas acciones se han cotizado desde el primer momento con 30 por 100 de prima.

Por último, tiene en estudio nuevas líneas de ferrocarriles y vapores, cuyos productos, atendida su prodigiosa actividad, veremos realizados.

Si á esto se agrega el inmenso movimiento que su banca y giro necesitan para el desarrollo de tal cúmulo de empresas, hay que preguntarse: ¿cómo un hombre solo puede abarcar tanto en su imaginación? ¿Qué personal no necesitaría el Estado para la administración de tantos asuntos?

Pues véase el personal que el Marqués de Campo emplea en esta administración, que no puede menos de ser perfecta, pues el menor defecto sería de consecuencias ruinosas, y se tendrá idea del espíritu organizador y la gran imaginación del Marqués de Campo, que atiende á todo, sin dejar de preparar constantemente nuevas combinaciones.

Si España tuviese muchos hombres como éste, ¿cuál no sería el desarrollo de las fuentes de su riqueza pública, el comercio y la industria? Por desgracia escasean bastante.

El Estado, que debía prestar decidido apoyo á hombres de estas condiciones, no sólo les niega protección, sino que les trata con rigor inusitado, imponiéndoles multas por faltas insignificantes de fuerza mayor, hijas exclusivamente de la falta de tiempo concedido para organizar los servicios, que, como ya hemos dicho, se han llevado á cabo con asombrosa rapidez.

Lo que causa verdadero asombro es la manera de llevar á cabo estas empresas, por la economía que realiza al Estado en todas ocasiones, rebajando hasta lo imposible los tipos de subasta. La prensa francesa se ha ocupado de nuestro ilustre compatriota con elogio, y por eso yo considero un deber de patriotismo saludarle desde un periódico español publicado en el extranjero.

¡BARRUTIA!

Ha muerto en España un personaje que deja tras de sí cierta celebridad.

Y sin embargo, no era literato, ni artista, ni hombre político, ni filósofo, ni *nada*.

Había sido en sus juventudes guardia de Corps.

Pertenecía á una familia distinguida. Contaba con amigos en todas las clases de la sociedad, especialmente en el mundo de los poetas y de los actores. Se había retirado del servicio, y vivía de sus rentas.

¿A qué debía su popularidad, esencialmente madrileña, este señor D. Joaquín Barrutia (pues á él me refiero), popularidad que ningún habitante de la villa y corte pondrá en duda?

A su conocimiento de la vida.

Barrutia era el sentido común. Era un filósofo alegre, que con su conversación amenísima y su gracia especial solía decir cosas que *quedaban*.

A su muerte, la prensa de Madrid ha reproducido las frases más conocidas de aquel viejo, limpio hasta la exageración, sonriente con todo el mundo, y conocedor de los hombres y de las cosas como pocos. Los autores dramáticos que le rodeaban han aprendido de sus labios no pocos chistes y no menos sentencias. Otros, con una falta de respeto censurable, le han copiado en escena, ayudados por los cómicos, que se vestían á la manera original, sin dejar de ser distinguida, del ex buen mozo, que á los sesenta y pico de años conservaba una figura militar de las más correctas.

Era, en fin, un tipo madrileño que ha podido repetir al espirar lo de *non omnis moriar,* no moriré del todo.

No hace aún un mes que los diarios de Madrid trajeron á París la noticia de haber hecho un periodista conocido una ascensión en globo.

Se dió al acto gran importancia, porque realmente era un acto de arrojo y porque era la primera vez que sucedía.

—Antes de quince días—le decía yo á Luque leyendo los detalles de la ascensión—habrán subido veinte ó treinta españoles más.

Y sin querer me acordé de Barrutia, que repetía constantemente una frase suya exactísima: «La envidia—decía—es entre nosotros el vicio nacional.»

¡Cuántas veces ha podido y podrá aplicarse esta observación de hombre de mundo!

Acaso ha perjudicado á su notoriedad no haber sido

escritor ó poeta. Ya él lo sabía. «En otros países—exclamaba con su habitual buen humor en cierta ocasión—para llegar á los primeros puestos de la nación hay que ser político eminente, hombre de ciencia; en España hay que empezar por hacer versos. El que no sabe hacer versos está perdido. ¡Espartero cayó por eso!»

Una noche en el saloncillo de los Bufos Arderíus reinaba grande animación. Por aquellos días se había sublevado Prim, y se decía que había escrito un programa político, pero nadie le conocía. Llegó un periodista y aseguró que él lo había recibido ya y que iba á ofrecer á los concurrentes la *primeur* de su lectura.

En aquel momento Barrutia se marchaba, sin dar, al parecer, la menor importancia al asunto.

—Quédese usted, D. Joaquín—dijo el periodista;—conocerá usted el programa de Prim.

—¡Le conozco! (Y siguió andando.)

—No puede ser.

—Le conozco.

—Le digo á usted que no puede ser, porque éste es el primero que ha llegado á Madrid, y yo no se lo he enseñado á nadie.

Y Barrutia, sin cesar de andar ni volver siquiera la cabeza, repitió ya lejos:

—¡Le conozco! ¡Desde el año de 23 todos dicen lo mismo!

Sus opiniones sobre la mujer en general eran duras,

pero expresadas con suma gracia. Observador profundo, estudiaba el corazón humano en sus propias hijas, de las cuales contaba lo siguiente, sumamente práctico:

—Cuando yo sacaba las niñas á pasear—decía—solía observar cosas como ésta.

Pasaba junto á nosotros un muchacho; nos saludaba; una de las niñas decía:

—Papá, ¿quién es ése?

—Un excelente muchacho que vive de su modesto sueldo, con el cual mantiene á su madre. ¡Ni una deuda, ni un vicio, nada! ¡Un hombre de bien!

Las niñas seguían su paseo, sin darle gran importancia á la respuesta.

Pasaba otro joven que me saludaba también.

—Y ése, ¿quién es?—volvían á preguntar.

—¿Ese? Un perdido, un calavera deshecho, un engañador de mujeres.....

Las dos niñas se volvían á mirarle inmediatamente!

. . . . . .

Sus observaciones sobre el arte de la escena eran siempre nuevas.

—Ustedes se equivocan siempre—exclamaba—al juzgar sus propias comedias. El público piensa siempre de ellas lo contrario que el autor. ¿Y sabe usted por qué? Porque el público ve la comedia de cara, mientras que ustedes la ven siempre de espalda.

Y hay mucho de verdad en esto.

Había en su conversación mucho de efecto cómico. Por ejemplo, al encontrarse con un joven para él desconocido, que le dice:

—Señor don Joaquín, usted no se acordará de mí.

—No recuerdo, en efecto.....

—Yo soy el hijo de doña Fulana.....

—¿Doña Fulana?.....

—La señora del Intendente.

—¿De don Manuel?

—Justo.

—¿De Valladolid?

—¡Eso es!

—¡Fulana! Ya recuerdo. ¡La he conocido mucho á mamá!

—Mucho, ¿verdad?

—¡Muchísimo! ¡Se la pegamos á su papá de usted el año del cólera!

Sería interminable la colección de sus frases, que en todos los teatros y restaurants de moda han quedado como recuerdo indeleble de aquel excelente hombre, que, después de todo, se ha muerto sin hacer daño á nadie, lo cual es, dados los tiempos, mérito muy raro.

EL DUQUE DE BAÑOS.

Murió el Duque de Baños. ¿Por qué no he de dedicar un recuerdo á este compatriota excepcionalísimo?

Conocí á Meneses en casa de la Duquesa de Hijar, hace ya quince ó diez y seis años. Hacíamos comedias de salón en el teatrito de la Duquesa varios amigos de la casa, de los cuales ya vamos quedando pocos.

Meneses venía con frecuencia. A mí me intrigaba mucho aquel hombre, de quien tanto se hablaba; tenía cierta reputación de Monte-Cristo andaluz, y en efecto, lo parecía. Para él el dinero no significaba nada. Hablaba de millones como puedo yo hablar de francos. Algunas noches, después del ensayo de la comedia, íbamos varios amigos al Casino á charlar hasta el amanecer alrededor de la chimenea. Meneses entró una noche en el salón del treinta y cuarenta, y en cinco minutos, sonriendo y hablando, se dejó allí cinco mil duros.

—Pues esto que ves—me dijo Florentino Sanz—sucede hace ya diez ó doce días.

Y él no le daba á todo ello la menor importancia.

Era un hombre afable, simpático, decidor *corriente*.

Tenía dos amigos íntimos, de toda intimidad: Robles y el oculista Delgado Jugo; se querían como tres hermanos.

Una mañana me convidaron á almorzar en casa del Duque de Baños. Acepté, porque almorzar no significaba nada, y además yo siempre he tenido amigos en todas partes.

Meneses vivía en la calle del Sacramento, en un caserón antiguo que hace esquina á la plaza del Cordón.

Vivía *en gran señor;* pero todo allí era muy raro. Sin darse uno cuenta, veníanle á la memoria los personajes de las novelas que había uno leído en su adolescencia. Recuerdo que en un cuarto había siete perros, que saludaban al dueño de la casa poniéndose en dos patas. Uno de ellos solía ir á Aranjuez á una sola indicación del amo, y le esperaba á la puerta del convento.

Sobre la chimenea había un pedazo de bizcocho.

Pasó una rata de un lado á otro del salón. El Duque la llamó, la rata se detuvo y esperó el pedazo de bizcocho, que le fué arrojado.—Lo hice el primer día que la ví pasar, dijo el Duque, y desde entonces somos buenos amigos.

¿No era todo esto muy extraño? Y con la fama de ser excepcional que el Duque tenía, á mí me lo parecía

más. En su casa había retratos de mujeres hermosísimas, objetos de valor incalculable. Una vez le robaron un cajoncito de madera que contenía encajes por valor de veinte mil duros.—Compraré otros, nos dijo, así como de pasada. Después de aquel almuerzo, el Duque y yo conservamos una buena amistad, aunque sin trato íntimo. El año 70 le encontré en París, acompañado del rey Francisco de Asís, en una tienda de flores. Yo estaba entonces en la embajada al lado de Olózaga, que á mi vuelta de Egipto me había confiado su correspondencia.—Eso no importa, me dijo el Duque de Baños; yo no hablo nunca de política; respeto las opiniones de todo el mundo; venga usted á comer mañana, conocerá usted á la Duquesa.

Fuí.

Vivían en el Faubourg Saint-Honoré. La Duquesa me pareció un ser angelical. Una señora delicadísima, con cierto aire de timidez que la hacía más interesante.

Se adivinaba en aquel interior un matrimonio muy bien avenido. Meneses me habló de su próximo viaje á Baviera, de compra de grandes posesiones, del empeño que notaba en los españoles de calumniarle y hacerle daño. Me enseñó su fotografía con el disfraz que se puso para salir de España el 29 de Septiembre. Se notaba en su casa, en su conversación *una atmósfera de millones*, como dice cierto amigo mío. Era un millonario risueño que daba en qué pensar; por aquí se dice que ha dejado quince millones de francos á sus herederos.

Desde entonces, cuando el Duque venía á Madrid, cambiábamos una visita; hablábamos de literatura ó de artes; yo estudiaba aquel hombre que siempre me parecía raro, y del cual nada puedo decir sino que acaso había caído mal en el mundo.

A veces la opinión se fija en quien no le debe nada, y celebra al que lo debe todo. ¡ Quién sabe!

ADOLFO BAYO.

Le llaman así, no es culpa mía.

Los contemporáneos de una notabilidad cualquiera le imponen la manera de llamarse.

D. José Salamanca llama todo el mundo al Marqués de este nombre, como si tal marquesado no tuviera, y al Marqués de Cayo del Rey le llama San Miguel todo el mundo.

A Bayo, á pesar de los carteles en letras de oro que anuncian en el Boulevard Haussmann, el vino blanco del Excmo. Sr. D. Adolfo Bayo, senador del reino, se le conoce por Adolfo Bayo en Madrid, y esta es buena señal, porque prueba popularidad. A nadie se le ocurre decir Mad. Bernhardt, ni nadie la llamará Mad. Damala; todos diremos Sarah Bernhardt, ó Sara á *secas*. (¡Y tan á *secas!* No la hay más seca en el orbe católico ni en el de los judíos.)

Adolfo Bayo, pues, es el *financier* de que hoy me ocupo.

El único que es á la vez banquero é industrial, el único que aspira á dejar su nombre en algo más duradero que la letra de cambio aceptada y pagada.

Bayo es cosechero, pero cosechero de lujo. Como Rothschild, quiere tener su *cru*, desea que conste que emplea su dinero en la producción nacional. Estima en más una medalla en cualquier Exposición vinícola que los aplausos del Senado, al que apenas asiste, porque Bayo no ha buscado la política, la política le ha buscado á él. Es de esos senadores que busca y hace todo Gobierno conservador, porque representan intereses sólidos, *macizos*, producto del trabajo y de la honradez.

Cuando algún banquero nuevo de París desea en Madrid un corresponsal serio y de indudable crédito, procura ponerse en relación con lo que aquí se llama la casa de Bayo y Tapia, ó de Tapia, Bayo y compañía, que es la casa de Adolfo Bayo, antigua, sólida, fuerte, como que viene heredándose de padres á hijos.

Bayo es un hombre moderno que no vive sino viajando. En París se le encuentra á cada instante en el boulevard, en las cercanías de casa de Anguiz, su criado de paso. O va á Londres, ó viene de Italia, ó vuelve á Madrid, ó prepara un viaje al Pirineo.

Y así como otros viajan por placer cuando han llegado á la altura de la fortuna, Bayo va buscando las

últimas invenciones de la industria; aquí una trilladora, allá la máquina de purificar su vino especialísimo, que sólo sirve, por lo caro y exquisito, para las mesas de los grandes señores.

El campo le seduce: cazador infatigable, hay veces en que deja los asuntos más importantes por marcharse, escopeta al hombro, á sus posesiones de Ciudad Real ó de Toledo.

En la actualidad proyecta un ferrocarril á sus minas de la provincia de Granada: un ferrocarril que no tendrá menos de cincuenta y tres kilómetros, y mejorará mucho un puerto de embarque junto á Motril, y por consiguiente, cerca de la grande y magnífica mina de hierro, hematita y manganeso, en que Bayo tiene puestos los ojos.

Nuestros banqueros españoles no son, por lo general, agricultores ni mineros, ni nada que se aparte de la rutina de la banca. Gastan su dinero fuera de España y no se ocupan de procurar adelantos á su país.

Bayo es patriota de corazón. Sería dichoso viendo los campos de su país natal prósperos, merced á todos los adelantos que trae consigo la agricultura moderna. La política le parece estéril con relación al progreso material de España. Cosechero, agricultor, industrial ante todo, le gustan las situaciones conservadoras, porque las cree capaces de producir la paz, que es el trabajo, y Bayo ama el trabajo como si no fuera español, que es cuanto puede decirse en elogio suyo.

Elegante, correcto, gran gastrónomo, gran fumador, galante sin pretensiones y franco en los negocios como pocos, podéis tratar con él á ojos cerrados, que no es poco en los tiempos que corren. Un Gobierno conocedor de los hombres y de las cosas, en lugar de haber dado á Bayo un asiento en el Senado, le hubiera confiado una de esas direcciones en las que se puede hacer mucho por la agricultura y por la industria. Precisamente los hombres que no necesitan ni el sueldo ni las *filtraciones* que muchos encuentran en él, son los llamados á hacer algo desinteresadamente por su país.

Pero estos ricos que pueden votar un día lo que á los Gobiernos convenga, son los llamados á perder su tiempo en sesiones de esas muy brillantes para los anales de la oratoria, pero muy infructuosas para el fomento de los intereses nacionales.

Si Bayo hubiera sido osado, ó parlanchín, ó entrometido, podría haber sacado partido de su nombre y de su crédito para apoderarse de algún alto cargo cuando han mandado los suyos.

Es un hombre serio, independiente, *fier*, como dirían los parisienses, y su actitud es relativamente pasiva.

No importa; la estimación de sus contemporáneos la tiene; en la alta banca es consideradísimo; y como cosechero, lo ha juzgado no hace muchos días un artista francés, el cual, al beber una copa de ese sabroso vino blanco dorado, que da tan grandes ideas á las imaginaciones meridionales, me decía:

—¡Amigo mío, el que produce este vino merece la consideración..... internacional!

Sin hacer un vino tan exquisito, la merecía ya este *financier gentleman*, á quien me complazco en dar lugar preferente en estas páginas.

GAYARRE.

I.

Oía yo anoche á Gayarre, y mi admiración por él no era solamente producida porque canta con éxito tan grande. Yo admiro á Gayarre bajo un doble punto de vista. Veo en él al artista y al hombre. Recuerdo sus intimidades conmigo cuando me habla de su pueblo nativo, de su herrería, de su amo, de la primera levita que se puso y del primer orfeón en que cantó, llamando la atención de Eslava con su voz á ninguna otra parecida. En seguida veo sus progresos de quince años. Su paseo por Europa y América, llevando en triunfo el apellido del humilde herrero navarro que hoy se siente orgulloso de tener tal hijo. Comparo todo esto con la gran cruz del sietemesino A***, con el título improvisado del ignorante B***, con la dirección general del adulador Q***, y con la vanidad absurda é injustificada

de los advenedizos pasajeros, cuyo nombre no ha de pasar de las paredes del cementerio. Nada más fácil que nacer con un título de marqués y ser grande desde que se va en los brazos de la nodriza. Esto no cuesta trabajo alguno. Pero sucede que se anda por el mundo, y para que las gentes sepan con quién tratan, hay que darles una tarjeta en la que se lea *El marqués de K****; y el serlo es tan fácil, que Cánovas, por ejemplo, hijo del pueblo, los hace cuando quiere. Lo difícil, lo meritorio en estos tiempos prácticos y de todo progreso, es salir á la calle y notar que todo transeunte os mira, murmurando entre dientes vuestro apellido; es viajar en ferrocarril y que el interventor, al tomar el billete para hacerle el reglamentario agujero, recuerde haber visto vuestra fisonomía en algún retrato ó en alguna caricatura; es entrar en una tienda, comprar por valor de una cantidad que no se lleva en el bolsillo, encargar que envíen lo comprado á casa, y que el dependiente, al apuntar las señas y el nombre del comprador, levante los ojos y diga con asombro risueño:—¡Ah! ¿Usted es Gayarre?—que equivale á decir:—¡Conque usted es el ídolo del público? ¿Conque usted es el que era obrero, y luego fué corista, y después partiquino, y más tarde tenor de provincia, y luego artista de *primo cartello*, y hoy asombro de Europa?—Porque aquel dependiente, lo mismo que el barrendero de la calle lector de los carteles de la víspera, saben que hay un español que sin títulos, ni grandes cruces, ni presidencia sin cartera, tiene el privilegio

de convocar á la multitud, subyugarla, fascinarla, conmoverla, excitar á la vez todos los nervios de una concurrencia de dos mil quinientas personas, obligarla á levantarse de su asiento, aplaudir frenéticamente con un entusiasmo diez veces mayor al que produce la entrada de un conquistador ó la inútil habilidad de meter una espada en los rubios de un toro..... Gayarre es la expresión de los tiempos modernos.

Cuando trabajaba en Pamplona, reinaba en España doña Isabel II, imperaba en Francia Napoleón III, no habia nihilismo en Rusia, Victor Manuel representaba la monarquía sin discusión, gobernaba á sablazos el Egipto Ismail-Pachá, y el rey de Prusia estaba sin sombra, porque Bismarck no había empezado á ocuparse de Europa. Entonces Gambetta era un abogado, Prim un general, Echegaray un ingeniero, Parnell un cualquiera, Zola un escribiente, Carpeaux un aprendiz, Edisson un obrero, Castelar un catedrático, Pradilla un dibujantillo, Sellés un estudiante ignorado. Esto era hace quince años, y en ese tiempo desaparecen imperios; surge la protesta en el Norte; caen los tiranos de Oriente; aparece el hombre de Alemania; se levanta la república central de Europa; cambia la paz de España el soldado de Reus; Echegaray transforma el teatro; Parnell agita la Irlanda; Zola revuelve el fango de la vida moderna; Edisson descubre nuevos mundos á la ciencia; Castelar da la vuelta al orbe; Pradilla asombra en París; Sellés alza la bandera de la juventud lite-

raria sobre las ruinas del clasicismo antiguo, y el aplauso de la multitud, desde Moscow á las playas de Rota, proclama el imperio de la inteligencia y los triunfos del mérito personal.

Gayarre no es sólo á mis ojos el artista sin rival, el cantante que transporta al espectador interpretando las divinas notas de los grandes maestros. Gayarre es el siglo XIX paseando triunfante por Europa; es el herrero del Roncal, que conmueve á los reyes y admira á los pueblos; es la manifestación práctica de este siglo artístico, industrial, comercial, científico y expresión del progreso que todo lo domina; es el pueblo coronado, la humildad en triunfo, el arte sobre todo, el mérito individual sobre la dominación tradicional de lo antiguo.

II.

(Á ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES.)

El sábado, á las ocho de la mañana, me despertó una voz conocida.

¡Y qué voz!

La primera del mundo, como usted y yo hemos dicho mil veces, mi querido Isidoro.

Era la de Julián Gayarre, el cual, como de costumbre, se detenía veinticuatro horas para que las pasáramos juntos.

Vuelve de Italia, va á Lisboa. Cantará en San Carlos hasta fin de Diciembre; el 15 de Enero deberá estar en Nápoles; porque declaro á fuer de hombre sincero, que en el invierno de París, tan animado, tan fastuoso, tan abundante en espectáculos y diversiones, y en medio de una sociedad española y americana que casi casi pone olvido de la patria como vida social, hay para mí dos necesidades del alma que no pueden llenar París, Londres, Roma, Viena, Berlín, Petersburgo, ni otra cualquier gran ciudad de Europa.

El palco de María Buschenthal y la voz de Gayarre.

Aquel palco, que es una casa, y cuya dueña es un amigo; aquella voz que sale de los labios de un tenor que además es un íntimo, me hacen olvidar todas las penas, contrariedades y amarguras que yo paso.

Gayarre es la esperanza de Vaucorbeil. Más tarde ó más temprano, nuestro tenor cantará en la Grande Opera, y entonces, como el arte que nuestro compatriota cultiva es el que más pronto llega á la multitud, el que el público siente más, y el que está más en moda, nuestro orgullo patrio llegará á su colmo, porque después del renombre alcanzado en París por Madrazo, Fortuny, Villegas, Domingo, Vierge, Sarasate, Gener, Lacalle, Salmerón, Algarra, Olózaga, Miranda, Palmaroli, Arcos, Calzado y tantos otros españoles que se han apo-

derado del idioma y del gusto de este centro del mundo para brillar en él como periodistas, literatos, letrados, artistas, filósofos, hombres de negocios, diplomáticos, pintores, músicos y cuanto han querido ser, el día en que el cantor navarro, repito, llegue por derecho propio á la escena de la Grande Opera, París y su población flotante reconocerán que los elogios de toda la prensa de Europa y América no han sido exagerados cuando han declarado á Gayarre el primer tenor del mundo.

Una vez, el invierno pasado, quiso mi buena fortuna proporcionarme la ocasión de pasar un rato en el *foyer* de las bailarinas de la Grande Opera. Hay que vivir aquí para saber las dificultades que se oponen á la entrada de un simple mortal en aquel salón donde doscientas mujeres bonitas, adornadas de brillantes, representan á la Francia moderna en su lado frívolo y á la vez importante. Hay que ser abonado, ó persona de calidad, ó recomendado de la dirección, que se niega á facilitar permisos, ó diplomático extranjero..... ¡Qué sé yo! Se llega con más facilidad al salón de una princesa que al de estas señoritas de veinte luises. Verdi, el gran Verdi, fué despedido á la puerta no hace cuatro meses, porque quiso entrar de levita.

Cogidos del brazo de Camilo Bloch, y á fuerza de súplicas y de referencias, entramos dos extranjeros en el *foyer* y pasamos todo un acto allí dentro. Una hora que me diera motivo á muchas *causeries* para ese periódico,

si no temiera nuevas acusaciones de inmoralidad de estilo por parte de ese santo público.

Y una vez allí, y hablando con éste y con el otro, y con la otra y con ésta, decía yo, contemplando el lujo y la grandeza del teatro:

—Todo esto es muy notable; local, bailarinas, decoraciones, óperas..... pero falta un artista. Falta Gayarre.

—Tan cierto es eso, observó un abonado hereditario, que la dirección piensa siempre en él; Ambrosio Thomas quiso que fuese él quien estrenase su *Francesca;* pero hay un inconveniente grave, en el que ustedes los extranjeros no se han fijado, y que parece absurdo para dicho aquí: ¡Gayarre es muy caro!

Y así es en efecto. Con los enormes ingresos de la Grande Opera y la subvención oficial, no permiten, sin embargo, á la dirección el lujo de un tenor como el nuestro, que se disputan todos los años cuatro ó cinco empresarios de grandes teatros, dándole cuanto quiere.

Hasta la fecha, nadie ha ganado en Paris lo que Gayarre gana en Londres, San Petersburgo, Lisboa, Viena ó Madrid.

Si quisiera volver á América, le recibirían en triunfo.

Hablando yo con el redactor de un periódico americano, del cual soy corresponsal aquí, sobre los asuntos que convendría tratar en mis cartas, me dijo:

—Puesto que conoce usted á Gayarre, hable de él siempre que tenga ocasión, y aquel número en que se le

trate bien se venderá doble. ¡En la América del Sud le queremos como á ser sobrenatural!

A pesar de lo que el abonado decía, Vaucorbeil haría sacrificios grandes por presentar al público parisiense nuestro tenor, y acaso este día no está lejano.

Gayarre, sin embargo, no tiene prisa. Sabe que á pesar de ser la Grande Opera el *desideratum* de tantos artistas, las compañías que en este teatro cantan las obras son generalmente medianísimas; la dirección y el público, aunque á los madrileños les parezca extraño, le dan aún más importancia al baile que á la ópera, y en esto hay mucha culpa de la dirección misma, porque no cuenta con un artista verdaderamente *extraordinario*. La Opera necesita á Gayarre, y él no la necesita á ella; de modo que debe repetir á sus solas aquello de que lo que está de Dios, á la mano se viene.

En cambio adora á Italia, recuerda sus triunfos de Viena y de Rusia; tiene cariño verdaderamente filial á Madrid.... ¡Oh, Madrid! Algo ha pasado en él que ha producido á Julián cierta sonrisa amarga. Yo no sé quién ha dicho en un periódico, hablando de un tenor extranjero, que al cantar los *Hugonotes* había hecho olvidar á todos los que habían cantado antes que Gayarre.

—¡Pronto me han olvidado! exclamaba hace tiempo.....

En honor de la verdad, el patriotismo obligaba á no olvidar; pero en estas apreciaciones particulares no entra el público, aquel público que cuando nos aplaude á

todos, autores, actores, cantantes, oradores, ó lo que seamos, ni consulta periódicos, ni obra más que por sentimiento. No, Madrid es un pueblo artista, hay cosas en la vida que no se olvidan, y aquel silencioso recogimiento del público cada vez que Julián se prepara á cantar la romanza del último acto de la *Favorita*, aquel éxtasis que se apodera de la multitud mientras el canto dura, y aquel aplauso atronador que estalla al terminar la última nota.... tienen algo de la primera hora que todos hemos pasado en nuestros primeros amores, algo de la poesía que se siente y no se explica, del sueño que no quisiéramos ver convertido en realidad..... ¿Cómo es posible olvidar eso?

Una noche—el otoño anterior— Gayarre vino desde Irún para pasar el día siguiente en Biarritz conmigo; comimos en mi casita de campo, recordando nuestros orígenes, nuestras intimidades, nuestros primeros pasos en la vida. Yo tengo por sistema no pedirle nunca que cante. No hay nada que le contraríe más, y cuantas personas le hablan una vez, han de fastidiarle con la pretensión de que cante para ellas solas. Previne, pues, á las señoras que de ninguna manera se le hablara ni de tararear siquiera.

La comida se prolongó hasta bien entrada la noche. Estábamos solos, en familia, en medio del campo, oyendo el susurrar de las hojas, y lejos del ruido y la animación de aquel pueblo de moda. Gayarre, otros dos amigos y yo, pasamos al saloncito que hay junto al comedor,

para tomar el café y fumar charlando de todo un poco.

La taza de café estaba sobre el piano. Gayarre se sentó, y mientras yo le servía, comenzó á deslizar los dedos por el teclado descuidadamente.

—He encontrado en Italia unas romanzas muy antiguas—nos dijo—pero muy lindas..... Hay una de un soldado que se va á la guerra y vuelve y encuentra á la novia casada.... que tiene una melodía tan dulce.. .. veréis..... una cosa así.....

Y empezó á cantar á media voz, acompañándose; y una vez comenzado el canto, siguió, siempre á media voz, la romanza toda; y entonces las señoras se fueron acercando de puntillas al corredor, y los niños que estaban ya arriba se asomaron también de puntillas, cogidos de la mano del aya, á la barandilla de la escalera; los vecinos de la casita de al lado salieron á las ventanas sin hacer ruido, y las hojas secas desparramadas por el jardín comenzaron á crujir como cuando llueve, bajo el peso de los pies de los aldeanos que pasaban por el camino y que invadían tímidamente la casa. Y así todos, sobre las puntas de los pies para no interrumpirle, las manos en las orejas, conteniendo el aliento, oyeron la preciosa melodía maravillosamente dicha allí en la soledad del campo y rompiendo el silencio de la noche; de modo que al acabarla resonó un aplauso inesperado, íntimo, salido del corazón de unos admiradores que parecieron surgir de la tierra..... ¿Cómo pueden olvidarse estas impresiones?

El artista que produce estos efectos llega á ver que toda Europa le conoce hasta en su vida privada, y se desvive por servirle.

Una vez le escribió una rusa desde Moscou, y puso en el sobre: *Señor Gayarre-Roncal.* No puso en qué nación estaba el pueblo, pero la carta llegó á los seis días. ¡Ya lo creo!

—El Czar quiere que cante usted mañana en el palacio de Invierno—le dijo un empleado de la Real Casa, en San Petersburgo.

—¡Ah! ¿Él quiere? ¡Pues yo no!—dijo nuestro tenor.

Allí donde siempre que se nombra el Czar hay que quitarse el sombrero, esta respuesta era un delito de lesa majestad. Pero el alto empleado volvió al escenario.

—Su Majestad desearía saber á qué hora tendría usted la bondad de honrarle cantando.

—¡Eso ya es otra cosa!

Su carácter independientísimo se parece tanto á este mío que tantos disgustos me cuesta, que no es extraña nuestra intimidad, aparte de mi admiración como español y como amante de la música, por este tenor excepcional.

Las veinticuatro horas que pasamos juntos enteras cada vez que pasa por aquí, son, como antes he dicho, un descanso, una expansión..... expansión, sobre todo, aquí donde esa palabra apenas se usa.

La otra noche hacían *Faust* en la Opera. ¿Le oire-

mos?—le dije.—Pero, hombre, ¿es posible oir en calma que á *Faust* le llamen *Monsieur?* exclamaba riendo.

Ah, Monsieur,
Je ne suis pas demoiselle.....

¡Y Gayarre tiene razón! Hay cosas que no pueden ser, y el francés no es el idioma de la música, ni lo será nunca. Cuando Elena Sanz me hace oir el *Lago* como ella lo canta, la poesía de Lamartine no me parece tal.

La música, al viajar por Europa, salta desde los Pirineos á los Abruzzos; si se detiene aquí, se pone mala.

Gayarre llegó á Lisboa anteayer. Este tenor sí que será remedio á toda pena, y no aquel médico que se anuncia en Lisboa como curador *dos homes emponzoñaos.*

LA DUQUESA DE CHAULNES.

¡Oh, qué triste impresión produjo en muchos corazones la muerte de la Duquesa de Chaulnes!

A nadie mejor que á ella pudo aplicarse el endecasílabo famoso de nuestro gran poeta.

¡Infeliz fué, por ser hermosa!

Todo la sonreía; el gran mundo, con sus grandes atractivos y sus grandes miserias, la hizo víctima de su implacable saña.

Es preciso haber conocido á la Duquesa de Chaulnes, para saber hasta dónde llega la belleza humana.

La Duquesa de Chevreuse, su aborrecible suegra, dijo al hallarla por primera vez en un salón:

—Esta mujer debe ser la esposa de mi hijo. A hombre que lleva nombre tan alto corresponde hacer su mitad de la mujer más bella de su tiempo.

Y lo era, en efecto.

Y no solamente hermosa, sino de una distinción tal, que dejaba en la memoria impresión perenne.

Una sola vez la ví, en Biarritz, hace cuatro años. El Príncipe Wolkouski, rector de la Academia Imperial de San Petersburgo y asiduo concurrente á la playa de Biarritz, me había pedido una biografía de Castelar. A falta de otra más completa, le ofrecí la que figura en un libro mío que acababa de publicar el editor De Carlos; estábamos sentados en la *terrasse* del Casino cortando las hojas del libro y hablando del gran orador mi compatriota, cuando pasó una señora á la que el Príncipe se apresuró á saludar, dejando la conversacion interrumpida.

Levanté la vista, y hallé tan extraordinaria la belleza de aquella mujer, que me faltaba el tiempo para saber su nombre.

—Es la Princesa Galitzin, compatriota mía— dijo el ruso;— una celebridad como belleza.....

—Bien se ve.

—Se ha casado con el Duque de Chaulnes, de una gran familia francesa.

Cuando algún tiempo después comenzó la prensa de París á ocuparse de las dos Duquesas, sin saber por qué consideraba yo á la célebre hermosura como una amiga..... A fuerza de recordar aquella fisonomía inteligente, aquellos cabellos de un color rubio especialísimo, aquella distinción sin igual, se me figuraba que la conocía, y leía las crónicas de los tribunales con impa-

ciencia. El artículo de Augusto Vacquerie en el *Rappel* defendiéndola sin conocerla, y colocándose él, austero republicano, de parte de la interesante aristócrata, me produjo efecto muy grato.

Una mañana en que fuí invitado á almorzar por un amigo mejicano, ví sobre el piano el retrato de fotografía de la Duquesa. El retrato se vendía, según supe después. Acabado el almuerzo, fuí á comprar uno, pero según me dijeron en la única tienda donde había sido expuesto, no quedaban ya ejemplares. La Duquesa tenía un público *suyo*, de admiradores ciegos, que si hubieran compuesto el jurado la habrían perdonado. ¡Cómo no, si era tan hermosa, y tan desgraciada!

Esta mujer, que durante dos ó tres años ha sido la admiración del mundo de aristócratas y de millonarios en que reinaba, ha muerto ayer en el barrio de la Villette, en un cuarto segundo de una calle apartada, en un dormitorio de familia, en una cama de hierro; sola, olvidada, después de vivir seis meses de limosna.

La Villette es, en París, una población de jornaleros. Carniceros, fundidores, drogueros, fabricantes de artículos de primera necesidad, constituyen su parte más rica. El resto lo componen casi todos los obreros de París. Abundan allí las *brasseries*, los billares de gente pobre, las casas de vecindad, los almacenes de comestibles, todo lo que pueda imaginarse de más opuesto, en fin, á la vida que la Duquesa de Chaulnes había hecho desde su infancia.

Allí buscó refugio á la miseria en casa de unos amigos muy pobres.

—Si no me recogéis—les dijo—tendré que arrojarme al Sena!

Entró, y no volvió á salir.

Ha muerto allí—decía Clarettie—la bellísima mujer cuya imperiosa y atractiva hermosura recordaba la de Sofía Croizette, tocaya suya, y de la cual se dice que también lleva sangre rusa en las venas. Y ha muerto sedienta de silencio, hambrienta de olvido, la belleza á quien los soldados veían hace poco salir del Palacio de Justicia, altiva en su luto. y á la cual sentían deseos de saludar con respeto.

Ocho días antes de morir, su médico y á la vez su mejor amigo, le exigía que se cortase sus abundantes cabellos rubios. Cuentan que se sometió al sacrificio llorando silenciosa. ¡Era el último lujo que le quedaba!

Su disposición testamentaria fué muy breve. Un vestido de raso blanco y su anillo nupcial en la mano derecha. ¡Es cuanto había pedido para después de muerta! ¡Qué diferencia entre su lecho nupcial y la pobre cama prestada en que la ví de cuerpo presente!

Murió á los véinticinco años, en la soledad y el abandono. ¡Hay dos muertes! ha dicho Miguel de los Santos Álvarez: ¡la muerte blanca y la muerte negra! Esta fué blanca, y en torno del fementido lecho prestado revoloteaban los ángeles que velan el sueño de los que aman!

Ignoro si Sofía Galitzin pecó; pero en estas grandes ocasiones son oportunas las citas santas, y el Cristo lo dijo refiriéndose á pecadora más grande que ésta, nunca bastantemente llorada:

—Se le perdonan sus pecados..... porque amó mucho!

JIMÉNEZ ARANDA.

La primera vez que Fortuny fué al estudio de Jiménez Aranda, en Roma, creyó que perdía su tiempo y que hacía un favor con la visita.

Pero así que entró y vió el cuadro que el artista titulaba *Dios guarde al rey*, varió de opinión y quedó sumamente sorprendido.

Jiménez Aranda no estaba pensionado por el Gobierno. Había ido á Roma con recursos propios ó por la protección de algún particular sevillano.

—¿Para quién es ese cuadro?—preguntó Fortuny.

—Para nadie—respondió el artista con su habitual sequedad.—Yo no he vendido aún nada.

—Pues yo lo compro—dijo el artista catalán, que era entonces el dios de los pintores representantes en Roma de todos los países.

Y al salir del estudio les dijo á los artistas que formaban su cohorte y que le habían acompañado:

—No se debe desdeñar á nadie sin conocerle. Este hombre dibuja de una manera tal, que podría enseñar á todos.

Aquella misma tarde escribió á Stwart, el famoso coleccionista, y le dijo:

«Compre usted el cuadro que le enviaré en esta semana. Es obra de un artista especial de gran mérito, á quien no dudo en asegurar un porvenir brillantísimo.»

Stwart no discutía jamás una opinión de Fortuny. Envió el precio que éste le indicó, y adquirió el cuadro sin conocerlo.

Pero al venir Fortuny á París aquel invierno y visitar los salones del rico americano, llenos de obras de los primeros pintores del mundo, notó que el cuadro de Jiménez Aranda estaba encima de una puerta.

—¡Cómo!—exclamó Fortuny con esa hermosa lealtad de criterio del genio que no conoce la envidia.—¿Ha creído usted tal vez que mi carta era una recomendación y nada más? ¿No ha sabido usted apreciar lo que tiene? Coloque usted ese cuadro en lugar preferente..... ó quite usted todos los míos.

Y Fortuny tenía razón.

Preguntad á todos los artistas españoles que hay en París, por este pintor de primer orden, y veréis cómo ninguno le discute.

Hablan de él con respeto, con esa admiración sin frases hechas, que revela el éxito de un momento. Es un maestro.

Allá en el quinto infierno de París, en una de las callejuelas que dan al boulevard Montparnase, tiene su estudio, que forma parte de un hotelito, en el que vive como la ostra dentro de la concha, sin salir casi nunca y sin ocuparse del mundo para nada.

Es un hombre consagrado á su arte y á su familia. Rodeado de una mujer hermosa y de siete hijos encantadores, desde que sale el sol hasta que se pone no hace sino pintar y vender, porque desde hace algunos años sus cuadros son papel moneda en París, en Londres ó en New-York. A este artista excepcional, admiradísimo en el extranjero, le dieron en España hace poco, en cierta exposición, una tercera medalla. Ha necesitado, como Sarasate, como Gayarre, como Fortuny y como tantos otros, que el extranjero les consagre, para que la madre patria se entere de los hijos que tiene. ¡La madre patria, donde de un cualquier abogado parlanchín se hace un ministro, ó un general del primer coronel que se subleva!

Distínguense las obras de este pintor por una maestría tal en el dibujo, que no conoce entre los contemporáneos ninguno otro que le aventaje. Pinta de verdad, y domina de tal manera el natural, que sin su escrupulosidad proverbial podría muchas veces prescindir del modelo. Con los estudios del natural que hay en su estudio podría hacerse una galería de suma utilidad para los pintores que empiezan.

Especialista en su género, pinta lo que se llama en

el *argot* de los talleres españoles *la época de Goya*, como nadie. Desde su cuadro famoso de la Exposición universal, en que se ve la cogida del picador sin verla, hasta los cuadros que envía á Inglaterra reproduciendo nuestras costumbres de principios del siglo, todas sus obras tienen un sello personal que no se confunde con el de otro artista español moderno, y sobre los demás pintores tiene la ventaja de que no pinta por pintar, sino que compone. Sus cuadros están razonados, los hace como haría comedias ó libros interesantes. Siente y razona á un tiempo, lo cual es muy raro.

Algunos de los compañeros dicen que el aislamiento en que vive le priva de ver lo moderno, las costumbres y la vida de París..... ¿Qué le importa todo eso á un artista que sólo hace la reproducción del siglo pasado? El cuadro que ha enviado á Munich y que ha obtenido el premio de honor, es el *Sermón en el patio de los Naranjos*, en Sevilla. Los que está haciendo ahora son estudios de costumbres pasadas. El abate que lee las noticias de las campañas de Napoleón, los húsares de Marceaux en la tienda, la procesión en España, los alguaciles con el alcalde de casa y corte llamando á una puerta..... Nada de esto es de hoy, y el pintor hace bien, á mi juicio, en reconcentrarse y vivir aislado de la vida moderna, pensando y sintiendo en español allá en un extremo de París, que es al mismo tiempo su admirador y su comprador constante.

Pero lo que el público no conoce, y en mi opinión

será en su día la obra colosal de este compatriota ilustre, es la colección de dibujos que está haciendo á la vez que lee por las noches el *Quijote* á sus hijos.

Cincuenta, sobre poco más ó menos, son los que hasta ahora lleva hechos, y que ayer estuve admirando durante dos horas.

No sé si podrá llevar á cabo obra tan grande. Hay para cada renglón del gran libro una ilustración, en la que el extraordinario dibujante se demuestra con condiciones excepcionalísimas. Tengo por superiores á los de Gustavo Doré muchos de estos dibujos, porque son en menos fantasía, mucho más españoles, como sentidos y hechos por quien tiene más títulos al conocimiento de los personajes y lugares

El hidalgo manchego, la Maritornes, el ventero, la posada, las bardas del corral, el arriero, todo es como debía ser en tiempo pasado; y cuando el artista se pone á fantasear y á imaginar los sueños y desvaríos del andante caballero, entonces, lo repito, supera en más de una ocasión á Doré, que á mi juicio no ha hecho una ilustración esencialmente española de nuestro gran libro, así como sus fantasías del Infierno del Dante, que exigían menos color local, son únicas.

Como antes he dicho, el pintor Jiménez vive aislado y huyendo del mundano ruido. Por las noches sus hijos leen el *Quijote* después de comer, y el artista aprovecha la velada para hacer estos primororos dibujos, que serán con el tiempo una grandiosa colección. Acaso se

equivoca en su propósito de hacer con ellos un *Quijote ilustrado*, es decir, las láminas ó estampas de una nueva edición de la obra inmortal. Yo creo que debiera publicarlos independientemente con el título de *Album del Quijote*, por ejemplo. A veces un solo renglón de tal ó cual capítulo le inspira dos ó tres láminas. Seguir trabajando así, sería más largo que la vida; y como lo importante para el público, y sobre todo para España, sería conocer el trabajo del artista, debiera ella sola formar cuerpo de obra. Aun así y todo, sólo un editor muy rico, ó el Estado, podrán emprenderla, si ha de hacerse dignamente.

Se adivina en Jiménez Aranda el español de buena raza, que aunque viviera y pintara en Pekín ó en Groelandia, no dejaría de vivir y sentir *en español*, libre de todo contagio extranjero. A los demás nos atrae algo la vida moderna de los otros países; en fuerza de admirarlos, somos muchos los que resultamos á veces, y sin darnos cuenta de ello, menos patriotas de lo que en realidad somos; porque nuestra imaginación meridional nos lleva á celebrarlo todo con excesivos elogios que juzgan depresivos para nuestro país los españoles que no han salido de la madre patria y no conocen nada más allá de sus fronteras. Otros compatriotas, en cambio, no abdican su personalidad *local*, si se me permite la frase, en ningún país de la tierra, poniendo empeño en ensalzarla en sus propias obras. Jiménez Aranda es de éstos. Antes que artista español de pura sangre, su

dibujo es esencialmente característico, como sus aficiones son literarias, son clásicas. Dijérase que á fuerza de pintar españoles con casacón y con peluca, toreros sevillanos contemporáneos de Costillares, hidalgos y alguaciles, siente las cosas en español rancio. Su éxito en París ó en Londres consiste en eso; porque pinta una época que es única para el cuadro de género, tan estimado en este mundo artístico.

El estilo es el hombre en todas las manifestaciones de la inteligencia. Conociendo á Raimundo Madrazo y sus costumbres, se comprende que no puede hacer retratos que no sean elegantes, distinguidos, aristocráticos. Las obras de Pradilla son como él, producto de la meditacion y de la corrección académica. Palmaroli hace unas mujeres deliciosas. Domingo pinta con la energía y la virilidad que rebosa en él; y Villegas, que es poeta sin saberlo, fascinará siempre con la inimitable poesía de sus cuadros, en los que la fantasía lo domina todo.....

Jiménez Aranda es lo que pudiéramos llamar un pintor castizo, como se dice de los escritores que dominan la hermosa lengua de Cervantes. Goupil me decía anteayer mismo que, de los contemporáneos españoles, este pintor es acaso el más puro y el más correcto.

Y Goupil no conoce las ilustraciones del *Quijote*. Era para él un secreto que mi admiración indiscreta acaba de revelarle, y que tal vez no sea delación perdida.

Las visitas al taller de este compatriota notabilísimo

fomentan el orgullo nacional y son para mí un gran lenitivo á la nostalgia.

Son excursiones á la madre patria, hechas dentro del recinto de París, que en estos artistas nos admira.

CASANOVA.

Burla burlando, como en el soneto de Lope, van delante los artistas que han de formar mi libro futuro, y que publicará, si á él y á mí nos da Dios salud (díganme que no soy devoto), el editor Alvarez.

Tócale hoy el turno al pintor español Casanova, conocidísimo en el extranjero, donde pinta y vende como pan bendito frailes y majas.

Acaso el lector español no ha olvidado el constante cuadro de Casanova que, más ó menos variado, habrá visto en casa de Hernández, ó en algún salón particular, ó en alguna exposición de pinturas.

Lo picaresco de la situación cómico-religiosa (con permiso de los ultramontanos) que este españolísimo artista reproduce, constituye su mérito y su encanto.

Es preciso conocer un poco el extranjero para saber cuánto se estiman aquí estas costumbres de nuestro si-

glo pasado y principios del presente, que dos ó tres artistas notables hacen maravillosamente.

Jiménez Aranda (D. José) y su hermano D. Luis pintan abates y barberos, madamas y lechuguinos, alcaldes y alguaciles, currutacos y picadores..... Casanova pinta frailes y les pone siempre al lado muchachas bonitas.

Hay en esto una graciosa propaganda de ridículo y una adivinación ó recuerdo de aquella época del Prado y del chocolate, la sopa boba y las visitas á las devotas apetitosas.

Hay en estos cuadros primorosamente pintados, que los ingleses compran sin distinción, una reproducción de aquellos tiempos que Pérez Galdós ha descrito con admirable pluma en sus *Episodios Nacionales* y que los Mélidas han fotografiado con primorosos dibujos.

Allá en la rue Greuze, á la entrada de Passy, tiene su estudio este contemporáneo, que, como Pellicer, Vierge, su hermano Samuel y los Arandas, apenas saben que existe París. Viven completamente dedicados á su trabajo, lejos del mundanal ruido, sin más vecino de enfrente que el modelo, ni otra aspiración que la de su arte.—¡Admirable manera de ser, que contrasta con la de tanto desocupado, que han convertido á París en el antiguo Zocodover de que hablaba Cervantes!

De algún tiempo á esta parte, Casanova, á quien los compradores pedían cuadros de género, se negaba en absoluto á vender. ¿Por qué? Porque se había pro-

puesto en el *Salón* próximo un cuadro grande, un cuadro colosal, cuyas figuras, de tamaño mayor que el natural, habrían de representar una escena tristísima y de gran importancia histórica.

Casanova pensaba como asunto de su inmensa tela, la muerte de Felipe II, y se dedicó completamente á este largo trabajo.

Alguien le dijo que el patriotismo exigía dar la preferencia á España y que el cuadro debía ir á Madrid y figurar en la próxima Exposición de pinturas.

Nuestro pintor es patriota, y abandonando el centro en que vive y donde le conviene exponer, enviará su cuadro á la patria.

No diré yo cómo es, ni si me parece bien ó mal. Lo primero sería descubrir el secreto del artista, que sólo el público debe conocer. Lo segundo, adelantar opiniones. Baste saber que el cuadro de Casanova y Estorah será de los más importantes que figuren en la Exposición próxima, y que ocupa todo el estudio aquel donde hemos pasado hace pocos días dos horas.

Estudio curiosísimo que no se parece á ninguno. El de Madrazo es aristocrático, el de Domingo es rico, el de Aranda práctico, el de Ribera sencillo, el de Egusquiza suntuoso, el de Gisbert campestre..... Pero el de Casanova es un almacén artístico, un gran montón de infinitas cosas, todas útiles, todas características, todas en armonía con el género del artista. Hábitos y mantillas blancas, sandalias y abanicos, tabaque-

ras y zapatos con galgas, peinas y disciplinas..... todo trasciende á Goya, y el contraste constituye escuela.

El artista trabaja vertiginosamente de sol á sol; es un temperamento nervioso, impresionable, queriendo hablar á la vez español, francés é italiano, preocupadísimo en la opinión futura de la crítica y de sus compatriotas, esclavo de todos los detalles, rodeado de libros, códices é historias parciales, creyendo que las horas son minutos, y hablando y pintando, y quejándose del cielo parisién, plomizo y triste, que le roba la luz y tiempo para acabar su cuadro, que, como el más importante de cuantos ha hecho, le absorbe la atención y le quita el sueño.

Es un joven franco, sencillo, sin pretensiones, á pesar del éxito constante de sus deliciosas escenas, que ya están á alto precio en todos los mercados. Para él no hay más mundo que aquellas cuatro paredes llenas de cachivaches y de apuntes graciosísimos. La mano, acostumbrada desde temprana edad al dibujo y al color, ejercita con extraordinaria facilidad y buen gusto raro. Deséole todo el éxito que se merece en el certamen que se prepara en la madre patria, donde apenas se le conoce. Es uno de tantos que han comenzado su carrera fuera, y van á pedir á sus compatriotas la confirmación del universal aplauso.

En la anterior semana han visitado el estudio diferentes artistas franceses que han admirado la gran verdad histórica del cuadro nuevo y el tono de melancó-

lica verdad que ha podido dar el pintor á tan sombrío acontecimiento..... Pero ya iba á describir los detalles, y repito que no es éste mi propósito, sino el de dar una anticipada enhorabuena á un notable pintor que nos honra en el extranjero y que será, sin duda, tan celebrado en su país como lo es donde quiera que se presenta un cuadro suyo.

¡Singular condición la de los españoles notables, ó la del país en que todos hemos nacido! Por centenares se cuentan los que fuera de la patria son aplaudidísimos, y discutidos, sin embargo, en ella.....

Tomás Bretón me decía no há muchas horas, que esto consiste.....

Pero de Tomás Bretón he de hablar extensamente otro día.

MANUEL CATALINA.

En el breve espacio de cinco años de ausencia he leído con aterradora continuidad en esos periódicos, noticias de muerte que me quitan á veces las ganas de volver á la madre patria.

¡Los amigos se van, los amigos se mueren! Y casi todos jóvenes, en la fuerza de la vida, como si en Madrid se respirase un aire envenenado.....

Entre mis relaciones francesas puedo contar más de cien conocidos sesentones, y sin embargo, llenos aún de vida y de energía. Ocasión sería ésta de hablar de las condiciones higiénicas de nuestra capital, ó de nuestro desarreglado modo de vivir, ó de nuestras pasiones..... pero no es esto lo que me mueve hoy á conversar con mis lectores; quiero no más dedicar un recuerdo al excelente amigo y notable actor que acaba de morir, y en cuya intimidad tanto tiempo viví.....

Ahora que las Memorias están en moda, á las biografías extensas y fastidiosas han sucedido las notas íntimas y las anécdotas ignoradas. En la vida de Catalina hay tantas, que podrían llenar capítulos enteros de una obra dedicada á contemporáneos de notoriedad.

Desde luego habría que hacer constar el gran efecto producido por aquel joven abogado, hijo de una distinguida familia, ilustradísimo y nacido en tan buenos pañales, que huyendo de los pleitos y dando el escándalo (para aquellos tiempos) de dedicarse al teatro, comenzaba su carrera haciendo aquel disparate cómico popularísimo que se llamaba *El Duende*, y que durante muchos años hizo las delicias del público de Madrid. *El Duende* fué la base de la zarzuela en España, y mientras duró el éxito de aquella quisicosa, Catalina comenzó á tener la doble notoriedad de actor y de hombre distinguido. La mitad de su boga consistió en su persona, y esto contribuyó muchísimo desde los comienzos de su vida artística á procurarle muchos enemigos.

Yo no sé en qué consiste, ni quiero estudiarlo, pero es un hecho que entre nosotros, allá en aquella adorada España tan franca y tan expansiva, la distinción y el refinamiento de la persona no gustan, por regla general, siendo popular, en cambio, el descuidado y sencillote. Cuando se recuerda que para quinientos mil habitantes apenas tenemos en Madrid seis casas de baños, y cuando en plena fiesta de toros, delante de las seño-

ras ricamente prendidas á la española, se lanzan á toda voz las palabras más indecentes á manera de gracia, ya se comprende un poco más que el hombre atildado y que pone empeño en separarse un poco de esta manera de ser nacional sea objeto de burlas, y aun se viene á las mientes la frase de un madrileño famoso (1) á un literato principiante:—Tú tienes mucho talento, pero te vistes demasiado para el pueblo en que vives.

Catalina era, como el gran Romea, un caballero metido á cómico; tenía gran partido entre las mujeres y entre las señoras. Hablaba dos ó tres idiomas, era limpio como el oro, se vestía muy bien, y en la escena, desde que empezó á ser actor hasta un año antes de morir, pareció siempre el galán joven simpático y atractivo á quien se dirigen los gemelos de las manos más chicas. ¿Cómo se le había de perdonar esto en el mundo de los bastidores y en el de las letras? Hasta hace poco, nuestros literatos y poetas creían que para serlo debían alardear de *adanes;* y en cuanto á los cómicos, salvo diez ó doce honrosas excepciones, siempre en España fueron dados á la gracia ordinaria y á la monomanía de lo «flamenco».

Catalina no fué realmente conocido ni estimado como se merecía, hasta que entró en el teatro Español, donde dió grandes pruebas de director inteligente y de actor moderno de gran valor. Por más que se diga que hacía

(1) D. Joaquín Barrutia.

bien el drama, sostengo y sostendré siempre lo contrario; hacía en él lo que podía, y como nos sucede á todos, quería hacerlo precisamente porque era un género al que no se adaptaban sus condiciones especiales. No diré que lo hiciera mal; pero el actor que acaba de morir era un artista de comedia, y en ella brilló siempre como pocos. Nadie ha recordado á su muerte su manera de hacer *El pañuelo blanco, No la hagas y no la temas, El anzuelo, Jugar al escondite* y otras comedias mías; sin duda ha sido por no tener que acordarse de mí; pero éstas son pequeñas miserias que dentro de cincuenta años habremos olvidado todos. Yo, sin embargo, tengo la obligación de recordar aquellas obras, no porque sean mías, sino porque en ellas hacía Catalina verdaderos primores.

Le conocí por el año de 1868, en los albores de la revolución, de la que no quisiera él ser testigo, porque aunque no tuvo nunca el mal gusto de ocuparse de política, Catalina era conservador. Ni podía ser otra cosa, dados sus antecedentes de familia. Pariente cercano de Severo y de Mariano Catalina; relacionado íntimamente con las personalidades más altas del partido que acababa de caer, íntimo amigo de Rubí, de Tamayo, de Fernández-Guerra; inseparable de aquel pintor Manuel Castellanos, sin cuya presencia y conversación no sabía hacer nada; acostumbrado á que su sala del teatro Español fuera un salón aristocrático, pues tenía por abonadas á las damas más ilustres, en cuyas casas hacía de

vez en cuando la comedia de salón, no podía aguantar lo que él como tantos otros llamaba «la gloriosa.» Las discusiones que hemos tenido los dos solos, delante de un buen almuerzo, en su casa de la calle de Carretas, sobre la cosa pública de entonces, llenarían libros. Catalina no podía comprender ni buen gusto ni aficiones delicadas en hombre de ideas revolucionarias. Como tantos otros, no concebía revolucionarios de camisa limpia, y mi franca risa le enojaba. Era menester que tal ó cual linda persona, cubierta la cara con el velo y el devocionario en la mano, viniese á tocar suavemente en la puerta á esas horas en que los maridos duermen todavía, y en la iglesia cercana tocan á misa, para que Catalina se levantara de puntillas, me pidiese por Dios que me fuera y dejáramos para la noche los comentarios de aquello y de lo otro.

Si pudiera hacerse una lista de las mujeres bonitas que han pasado por aquella casa de la calle de Carretas, se vería cuán afortunado fué aquel pobre amigo. Tenía el hermoso defecto de ser mujeriego, y no le bastaba un amor, ni dos, ni tres; ni en comedia alguna de las mil que ha representado hay más enredo ni intrigas de amor de las que él tuvo en cualquier día de su existencia.

En cuanto Romea enfermó gravemente, busqué yo la amistad de Catalina, convencido de que en él había de tener un intérprete como ninguno. Todavía no era Mario lo que hoy es, y la comedia de costumbres no

tenía mejores representantes que Manuel Catalina y su hermano Juan. Ligada estrechamente con ellos vivía la gran Matilde Díez, nunca bastante llorada, y comenzaba á brillar como estrella de marca mayor aquella inolvidable Elisa Boldún, también para el arte perdida. Con estos elementos era muy difícil que una obra fracasara, de no ser detestable. Por eso, al acabar el manuscrito del *Pañuelo blanco*, fuí resueltamente al teatro Español, y debo declarar que Catalina y yo nos entendimos en seguida.

Tan en seguida fué, que leída la obra un jueves, á los ocho días justos se estrenó, y como los éxitos y las penas unen á las gentes, la amistad entre el actor y yo era íntima á los quince días. Aun era yo soltero y hacía vida de madrileño, alegre y divertida. Manuel y yo nos contábamos nuestras aventuras, nos ayudábamos mutuamente, y aun á veces las corríamos juntos.

Una tarde, Catalina había estado conmigo en una casa donde vivían dos hermanas, tan fáciles como bonitas, y ambas casadas con militares que estaban por esos cerros combatiendo á los republicanos, mientras nosotros, pérfidos, íbamos á consolarlas de la ausencia. ¡Sirva de ejemplo á los incautos, y no vayan á perseguir á los que defienden la buena causa!

Habíamos hablado días antes de cierta aventura ocurrida á Mario en los albores de su vida artística, cuando encerrado en una casa á dónde había llegado de improviso un marido inoportuno, contaba el actor los minu-

tos que faltaban para levantarse el telón, mientras él estaba allí sin poder salir, faltando á la obligación y al público, y deshaciéndose de impaciencia.....

—A mí no me sucedería eso—decía Catalina—porque yo salgo y me dejo matar, pero llego á tiempo á la escena.

—¡Qué ha de salir usted, hombre!—decía yo.—Pues qué, ¿no hay más que salir?

—No sé lo que haría.

Pronto lo supo. La tarde aquella, y cuando más entretenidos estábamos, llegó de improviso, no el marido, sino el padre de aquellas tiernas criaturas. Un padre septuagenario y enfermo del corazón, respetabilísimo, celoso aun más que los maridos, de la opinión de sus hijas; un hombre, en fin, á quien ni Catalina ni yo hubiéramos dado un disgusto por nada en el mundo.

Yo tuve tiempo de ocultarme tras de la puerta por donde el anciano entró, verle pasar y escurrir el bulto; pero mi buen Manuel estaba allá adentro y no podía salir sin ser visto, y la hija se puso de rodillas y le rogó que se encerrase donde yo me sé, y el padre entró, y dijo que venía á comer; y eran las seis y media de la tarde, y la representación del teatro Español comenzaba á las ocho.

Dan las siete, las siete y cuarto, y yo, que espero al artista en la portería del teatro, comienzo á creer que no viene y que mi pobre comedia va á ser suspendida el segundo día. No sé quién de los dos debió sufrir más. Acaso él, porque era esclavo de su deber.

Las siete y media, las ocho menos cuarto..... Ya han pasado por delante de la portería los músicos de la orquesta, dos ó tres actores; veo llegar á Matilde Díez, que baja de su coche envuelta en un abrigo de pieles.—¡Hola!—¿Y Manuel?—*Debe* estar arriba, le digo para no alarmarla..... Pasa Elisa Boldún.—Buenas noches; ¿está usted de portero?—Sí, hasta luego. Y volviéndome hacia Pérez, el inolvidable Pérez, aquel portero que era un amigo, le digo:—Muchacho, D. Manuel no viene.—¡Pues ya son las ocho!—Las ocho.—Y arriba creerán que se está ya vistiendo, y yo voy á dar la orden.—Y le oigo subir y recorrer los pasillos del vestuario gritando, según la clásica costumbre:—¡La ordeeen!—Nada, Manuel no viene, estoy convencido.....

Por fin óyese un coche que viene atropellando á la gente, que se para delante de la puerta, y veo saltar á mi Manuel, sin sombrero y con un delantal blanco como los mozos de los cafés, riendo, jadeante y diciéndome á la vez que se quita el delantal y me quita el sombrero:—Ahora hablaremos, ahora hablaremos..... y de cuatro en cuatro sube las escaleras, mientras la orquesta comienza ya á tocar la sinfonía de la *Mutta*, que era entonces cosa obligada.

Sucedió, pues, que las niñas aquellas del entresuelo quisieron obsequiar á papá y mandaron traer del café unos riñoncitos salteados, mientras á Manuel le dolían los huesos de estar encorvado en el escondite; vino el

camarero, pasó por delante del viejo, que leía tranquilamente *La Correspondencia*, y fué á dejar el plato sobre el fogón. Catalina tuvo la inspiración del que está de prisa. En un instante, en voz muy bajita, ofreciendo una moneda de cinco duros bajo promesa de que el mozo se quedaría en la cocina hasta las nueve en que el viejo se iría; y pidiendo prestado el delantal, combinó la salida, que no tenía más que un peligro: el de que el padre levantara la cabeza; pero ya una de las niñas, con ese instinto de cómica que tienen todas, se había colocado delante de la butaca cubriendo el cuerpo de papá, la mano en el respaldo, inclinada hasta tocar con su cara la de aquel celoso del honor castellano, y mientras decía con acento meloso: —¿Dónde es el mes de María, papá? — Catalina salía á toda prisa, diciendo un «buenas noches» borroso y con voz aguardentosa..... Ya estaba libre. Tomar un coche y prometer al cochero hasta la grandeza de España de primera clase si llegaba al teatro Español en cinco minutos, fué obra de un momento. ¡El honor del soldado y mis derechos de autor estaban salvados!

Y de estas ocurrían todos los días. A veces hacía la comedia y el amor á un tiempo, guiñando á la del palco y contestando á la dama. Como tenía muy buen corazón y era todo un caballero en estos asuntos y en todos, las mujeres le querían y le respetaban á un tiempo. — Lo único que sentiría al dejar á una mujer, me decía, sería no quedar siendo buen amigo suyo.—Esta es teo-

ría de hombre de gran mundo, y no muy frecuente en países meridionales.

Como artista, deja un gran vacío en la comèdia de costumbres. Actores que se vistan á la antigua y digan ó disparen tiradas de versos castellanos ni más ni menos que en tiempo de Calderón, todavía *salen* muchos en nuestra España. Actores en quienes la naturalidad, junta con la distinción, produzcan el efecto que pide la comedia moderna, tenemos muy pocos. Aquella franca y exactísima manera de hacer el conde de *El Pañuelo blanco,* ó el alegre y travieso muchacho de *El Anzuelo,* era especialísima en Catalina; y la costumbre de vestirse bien fuera de la escena y de vivir siempre entre las altas clases, le daba un sello personal que no puede tener, aunque le sobre talento, el cómico que viste de americana y hongo, y después de pasar la tarde en el rincón del Suizo con los toreros, ha de representar por la noche *El Hombre de mundo.*

Nunca tuvo disgustos ni discusiones en asuntos de dinero, y ha sido acaso el único actor-empresario que se consideraba feliz con atender á sus obligaciones, aunque no ganase nada, porque en él el amor del arte lo dominaba todo. Cumplió siempre con la mayor exactitud sus compromisos, lo cual entre bastidores no suele ser muy usual. Buen administrador, y llevado de su buen gusto, notábase en la organización interior del teatro un no sé qué que recordaba la casa rica y bien entretenida. En su tiempo el saloncillo del tea-

tro Español fué una reunión íntima de gente ilustrada.

Yo he creído siempre que su salida del teatro Español fué el principio de su enfermedad y de su muerte. Acostumbrado á vivir allí, y obligado después á recorrer teatros que iba elegantizando á medida que pasaba por ellos, tenía la nostalgia del antiguo corral de la Pacheca. Como Gayarre, solía decir que le repugnaba trabajar en teatros feos. Y luego, recorrer las provincias, hacer las comedias tan pronto en la Coruña como en Segovia, hoy en Cuenca y mañana en Sevilla, suspirando siempre por su Madrid, y viendo, como él decía, «el teatro á doce cuartos por hora»; viajar con la compañía, él que estaba acostumbrado á pasar sus veranos en una hermosa casa de campo ó á orillas del mar, como los ricos..... todo esto le produjo una melancolía sorda y disimulada. A París me escribió tres años ha y decía, entre otras cosas: «¡Ay, amigo! D. José Valero con sus años y yo con mis gustos, andamos por los pueblos como cómicos de la legua.....» Notábase, á dos días de distancia, que el artista estaba muy triste. Por entonces se pagaban en Madrid á cinco duros las butacas para oir á una cómica francesa.

Ilustradísimo y con una educación literaria rara entre los actores españoles, á ratos perdidos hacía lindos versos; y entre el fárrago de papeles y notas que yo conservo para publicarlos cuando sea viejo, hay unas traducciones en verso de poesías de Coppée, hechas por Catalina, que pueden competir con los originales.

Después de todo, y aunque haya muerto pobre y un si es no es olvidado, deja un grato recuerdo este actor singular, en quien siempre se estimó á la vez al artista y al caballero, y ha llenado su vida amando lo que hay que amar para sentir las grandes emociones que hacen dichosa la vida: el arte y las mujeres. ¡Cuántas le habrán llorado, y cuántos nombres bonitos acuden á mi memoria en estos momentos!.....

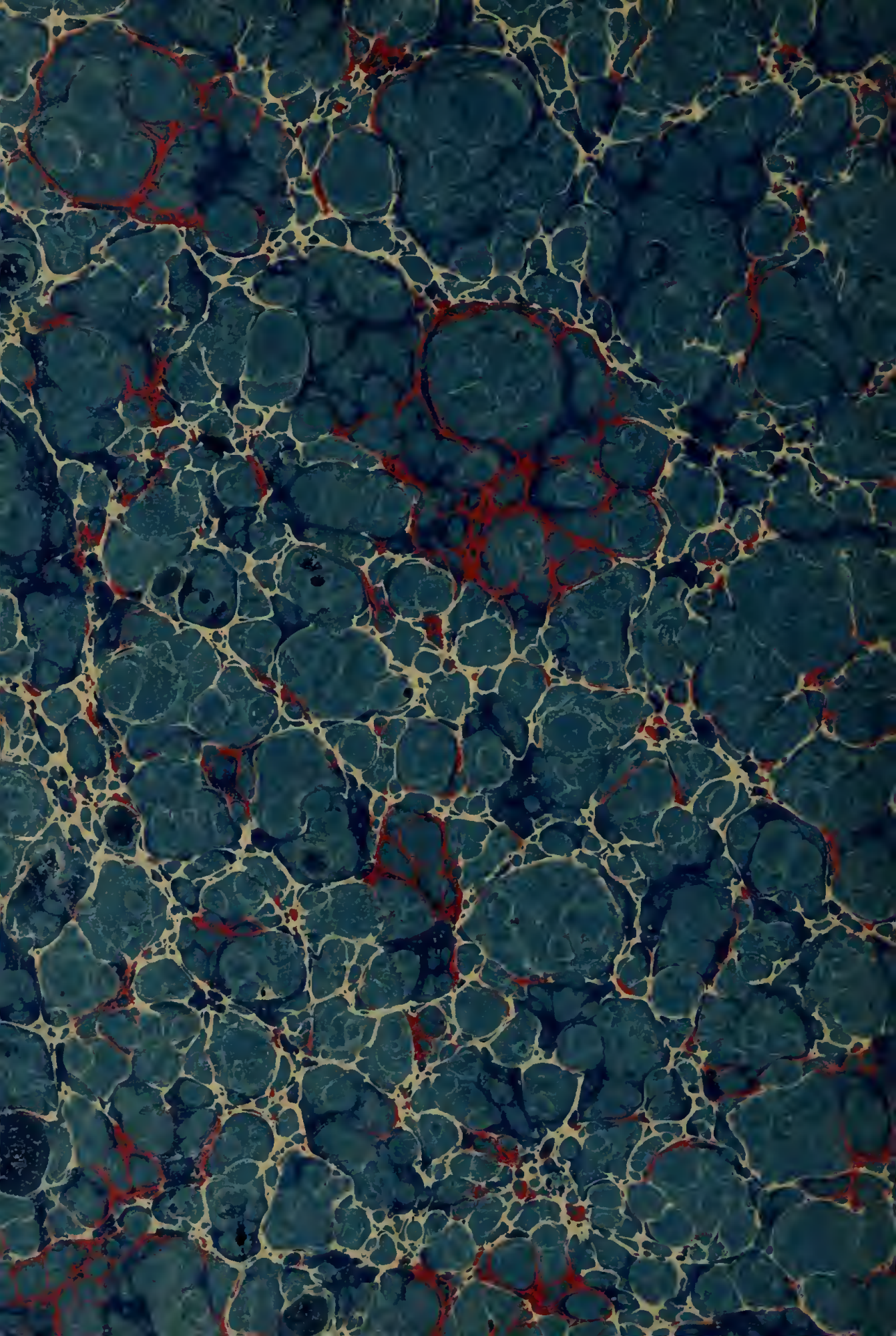
No, no los diré, no haya miedo; ya sabéis, oh dulces amigas del amigo desparecido, que sé guardar un secreto; pero sí quiero pediros un favor, porque yo estoy muy lejos y las flores no pueden viajar, porque no viven más que un día. Una de vosotras, la que más le quisiera, compre por mí un ramo de rosas amarillas, envuélvalas en este periódico y colóquelas encima de la tumba de aquel á quien tantos aplausos debo.

ÍNDICE

	Páginas.
García Gutiérrez	9
Núñez de Arce	13
Gustavo A. Becquer	17
Moreno Nieto	23
Lesseps	29
El Duque de Osuna	33
Pompeyo Gener	39
María Tubau	45
Pérez Galdós	49
Charles Blanc	53
Bauer	57
Eulogio Florentino Sanz	63
Cadenas	69
Manzanedo	75
El Marqués de Campo	81
¡Barrutia!	87
Adolfo Bayo	97
Gayarre	103
La Duquesa de Chaulnes	115
Jiménez Aranda	121
Casanova	129
Manuel Catalina	135

OBRAS DE D. EUSEBIO BLASCO

	Ptas. Cs.
Busilis (*novela*)	1,50
Noches en vela	1,50
Epigramas	1 »
Ellos y ellas	1 »
El modernismo en Francia	1 »
Mis devociones	2,50
Mis contemporáneos	2,50



UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 930 244 9